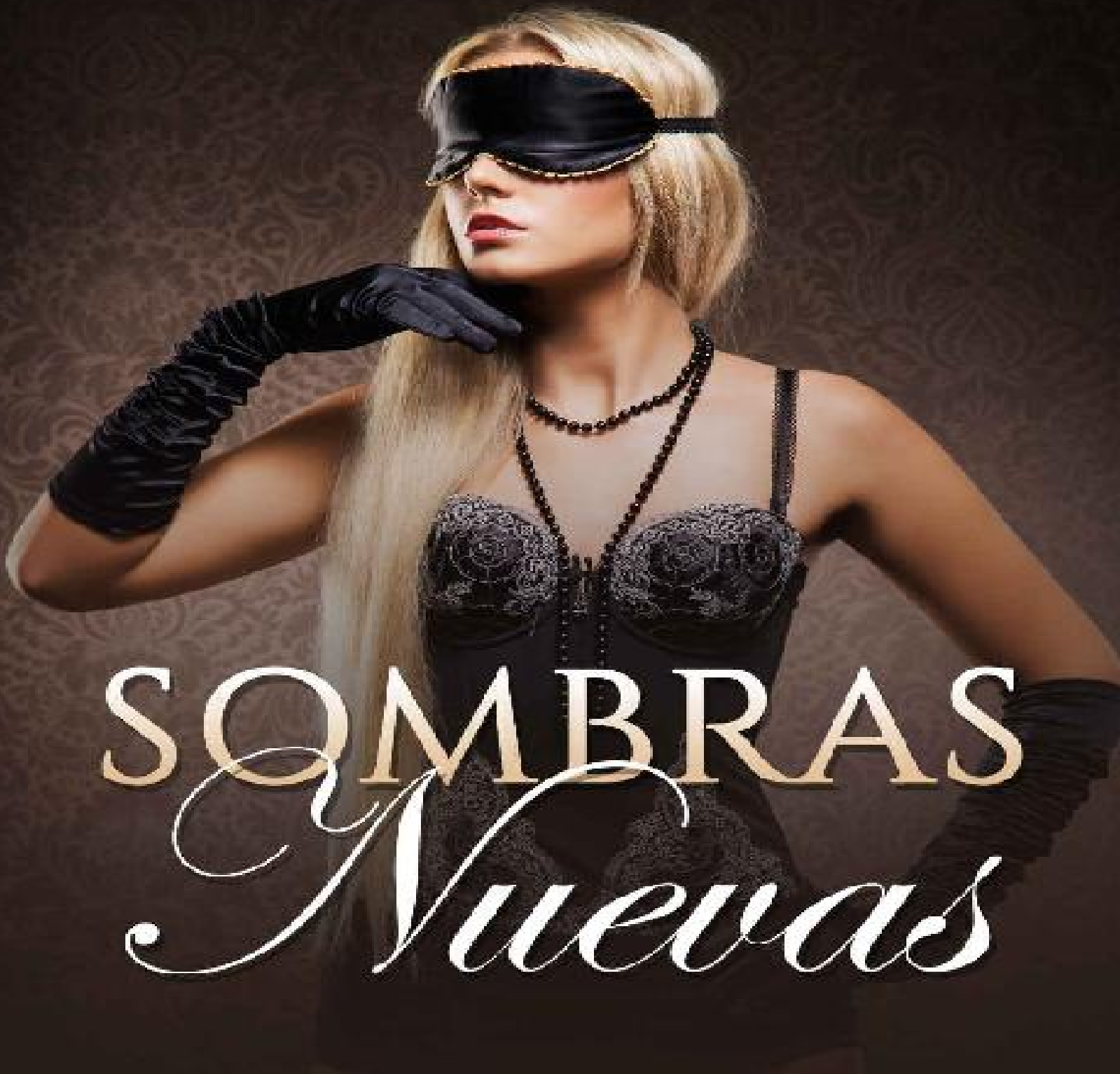


ROMANCE, ERÓTICA Y BDSM POR
PRIMERA VEZ



SOMBRA
Nuevas

ALBA DURO



SOMBRAS NUEVAS

Romance, Erótica y BDSM por Primera Vez



Por **Alba Duro**

© Alba Duro 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alba Duro.

Primera Edición.

Dedicado a Mar y a Sara

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

I

La oscuridad estaba a su máximo punto, el olor de cigarro estaba adherido a sus dedos que tecleaban sin parar, su rostro estaba muy junto a la pantalla del ordenador como para no perder ningún detalle. Su cabello largo y rizado, estaba atado en una cola con la intención de domarlo. Tenía un cárdigan gris ancho y largo, medias largas y los lentes.

—Entonces, luego de caer juntos jadeantes en la cama, ella se dio cuenta que era feliz junto a él.

Patricia estaba leyendo las últimas líneas de una historia romántica que acababa de terminar. Lo volvió a hacer, asegurándose que la redacción estaba correcta, puesto que ella es una redactora de novelas románticas y ese es un hábito que le aseguraba estar tranquila con lo que había hecho.

Luego de revisar, pasaría tiempo para arreglar los aspectos de presentación del texto: Colocarle un título más bonito, revisar las comillas y signos de puntuación, la sangría y, claro, la portada; el cual no representaba un problema ya que era una aficionada a las artes y, como tal, le encantaba jugar con acuarelas y óleos. Todas las bases estaban cubiertas.

Pero, por lo pronto, saldría al balcón y se sentaría en una pequeña silla de madera. Allí, aprovecharía para fumar un cigarro con tranquilidad y así celebrar que por fin había terminado con una obra. Era otro logro personal.

Se sentó y se quitó los lentes, respiró profundo y se dispuso a admirar la vista al parque que tenía. Era un área verde grande, extensa, que ofrecía un panorama tranquilo y calmo. Los afortunados como ella, podrían relajarse viendo árboles lo cual era bastante útil para olvidar el caos de la ciudad.

Mientras consumía uno de sus vicios favoritos, sabría que sería cuestión de tiempo en que tendría que levantarse para responder los correos de los fanáticos, revisar propuestas de clientes y nuevos proyectos que debía anotar en una agenda de cuero rojo que llevaba siempre consigo. No sólo para organizar sus fechas sino también para anotar cualquier idea interesante que podría servirle para sus textos.

La historia de Patricia como escritora, sin embargo, comenzó de una manera,

digamos, curiosa. Ella se encontraba en la universidad estudiando Periodismo, una carrera que no le parecía interesante en lo más mínimo. De hecho, se encontraba compartiendo las aulas con un grupo de personas que se sentían orgullosas de hacer entrevistas y de jugar a ser reporteros estrellas mientras que ella estaba aburrída y, peor aún, con un creciente sentimiento de decepción.

Un día, saliendo de clases, notó un aviso en la cartelera de corcho que se encontraba en la entrada:

“Si te gusta la escritura y quieres emprender en este maravilloso mundo, anota este correo y nos comunicaremos contigo”.

Para cualquier persona, un aviso tan parco como ese, sólo podría significar una cosa: Estafa. Pero, para Patricia podría significar su boleto dorado hacia un cambio de vida que podría darle más estabilidad en un futuro.

Fue a casa rápidamente y se sentó en el ordenador de su hermana mayor.

—A ver, hagamos la prueba.

Un simple “Hola, estoy interesada” y listo. Esperaría la respuesta... Si es que llegara a manifestarse. Dentro de sí sabía que no había nada que perder.

Para combatir la ansiedad de la expectativa, prefirió tomar el libro de Estadística y comenzar a estudiar para los parciales hasta que se quedó dormida. Los números, para ella, tenían un efecto casi sedante.

Luego de una hora, se levantó de repente y se dirigió hacia su máquina para revisar los estados de Facebook hasta que notó que tenía una respuesta en su correo. Los ángeles comenzaban a cantar en su oído.

—¡Hola, Patricia! Estamos encantados en saber que estás interesada. ¿Qué tal si nos envías un texto de tu preferencia de 300 palabras? Así evaluaremos tus habilidades en redacción. Quedamos atentos ante tu respuesta.

Con una amplia sonrisa en el rostro, terminó de espabilarse y a pensar qué tema sería interesante de escribir. Esta vez, tenía la libertad de escoger todo lo que quisiera.

—Mmm, que sea un cuento corto... Espero que funcione.

No pasó mucho tiempo cuando se sintió inspirada y comenzó a escribir. Algo sencillo y con un final feliz. Revisó y leyó y volvió a revisar hasta que se

sintió contenta con el resultado final. Con la esperanza en el corazón, redactó un correo de respuesta.

—¡Hola! Aquí les adjunto el texto requerido. Espero que les guste. Estaré atenta ante cualquier eventualidad.

Firmó y decidió que la suerte se manifestara. De todas formas, no pasaría nada si las cosas no saldrían como quería. Al menos así trataba de consolarse con aquella filosofía del vaso medio lleno.

Para su fortuna, no obstante, recibió las mejores noticias que pudo recibir en mucho tiempo.

—¡Enhorabuena, Patricia! Nos ha encantado lo que has escrito. Queremos hablar contigo y proponerte que escribas historias como la que nos enviaste...

No siguió leyendo porque el triunfo personal que sentía le nublabla la vista. Eso era una oportunidad de oro y no pensaba perderla.

Lo cierto es que Patricia terminó escribiendo cuentos cortos para niños y adultos. Dos a la semana era la cuota a cumplir y estaba más que feliz de hacerlo.

Aunque la responsabilidad demandaba hacer espacio entre sus deberes, no le importaba rechazar fiestas o reuniones aburridas puesto que le interesaba reunir dinero para irse de su pueblo natal. Todo lo tenía visualizado como una estrategia.

... Y así le funcionó. En plena graduación estaba lista para mudarse a la gran ciudad de Los Ángeles. Dejaría el frío, la nieve fastidiosa y los chismes para residenciarse en un lugar que podría garantizarle mayor estabilidad laboral.

Se despidió de sus padres y hermanas, de la monotonía y del destino para escribir el suyo propio, ahora el rumbo era una ciudad enorme, intimidante pero brillante.

A pesar de las dificultades, Patricia pudo hacerse paso y residenciarse en una zona alejada del centro pero igual de transitada. El piso que alquiló y que ahora es su hogar, tiene forma de ático pero es amplio y ventilado.

Ella, como cuenta con un espíritu sencillo y libre, no se molestó en hacer demasiados cambios salvo por invertir en discos de vinilo, un tocadiscos, afiches de películas y de los músicos que admira.

Cerca de su escritorio de madera oscuro, descansa una cartelera con un cronograma de actividades y de tareas pendientes, una raza de café regalo de su madre, dos cuadernos y un pequeño bolso con bolígrafos y lápices.

Uno de los lujos del apartamento era un sistema de video beam que había instalado para ver películas, el cual era su veneración y, claro, varias cajas de cigarros sin abrir que tenía en un espacio destinado a ello. Siempre accesibles.

El trabajo arduo había dado sus frutos, poco a poco comenzó a independizarse escribiendo de varios temas hasta que finalmente se halló en el nicho de novelas románticas, aunque a veces fuera una especie de ironía en especial para alguien que era inestable en este tema.

Se relajó y se levantó para ver el ordenador y prepararse para la ronda habitual de correos que tenía por delante.

Desde que comenzó a escribir sobre estas historias, experimentó una serie de comentarios que eventualmente se convirtieron en fans que estaban al tanto de lo que se publicaba y se tomaban el tiempo de responder e interactuar por medio de correos que le enviaban casi con religiosidad.

En vista de aquel fenómeno que se manifestaba casi a proporciones masivas, Patricia tomó la tarea de contestar aquellas palabras dirigidas a ella. A consciencia sabía que debía mejorar y las quejas y sugerencias se las tomaba como eso y no como algo personal.

Como es habitual, encontraba opiniones de usuarios frecuentes, aquellos que parecían estar al tanto del nuevo material y que lo devoraban.

Apartó la silla y revisó, anotó y supervisó cada elemento, hasta que se topó con un comentario de uno de sus lectores habituales.

—Hola, Patricia. Como siempre, me ha encantado lo que has subido pero tengo una duda que me gustaría aclarar. Lo que escribes, ¿corresponde a vivencias personales?

Casi con una expresión severa, Patricia contempló su pantalla y estuvo dudosa en responder. Quizás sería una trampa para ponerla en evidencia pero su trabajo era su mayor orgullo y quería defenderlo hasta el final.

Revisó bien el mensaje y visualizó el nombre: “Arturo”.

—¡Hola, Arturo! Las historias que realizo son una combinación de experiencias personales y ficción. En términos generales, trato que mi mente se sienta libre, cómoda y pueda expresarse plenamente en la historia.

No era una respuesta agresiva pero dejaba en claro que era un método personal y que no permitiría que nadie se lo cuestionara. Tomó la caja de Camel que tenía cerca, lo abrió y extrajo un cigarro fino para aliviar la tensión.

La señal de un mensaje nuevo en su buzón de entrada, se iluminó. Era nuevamente Arturo que se volvía a manifestar.

—Entiendo. Lo siento si sonó pretenciosa la pregunta pero lo cierto es que es un proceso creativo que me parece maravilloso y, pues, tengo una curiosidad inquieta. Espero que entiendas que estas son las palabras de un fanático empedernido.

Dudosa, Patricia se mantuvo en silencio hasta que quiso mantener se vio interrumpido por las ganas de seguir en la conversación sin saber muy bien la razón.

—No te preocupes, pero es una manera de decir que esto es mi pasión y amo lo que hago. Cada elemento que coloco es una muestra de trabajo duro y de investigación. Mis personajes y sus interacciones tienen la intención de hacerse ver y sentir real.

Se levantó de repente y fue a prepararse un café a pesar que era un poco tarde... Y así le daría tiempo a Arturo de procesar tamaño argumento.

Sonó un aviso y no supo reconocer el sonido pero estaba en la cocina y era el momento de tomar café, un momento que era sagrado para ella. Tras una reflexión en silencio, Patricia se acercó al ordenador y notó que era una ventana emergente. El chat se había activado y era de nuevo Arturo que insistía en hablar con ella.

Suspiró de hastío y quería ignorar aquella conversación pero algo dentro de ella le decía que no dejara pasar esa interacción.

—Bueno, a lo mejor funciona mientras mato un poco el tiempo.

Comenzó a leer.

—Entiendo tu punto, de verdad, pero como te decía, ese proceso creativo me

resulta de lo más fascinante. A veces pecho de entrometido y créeme que me he metido en problemas por ello.

—A veces sucede que las personas pueden tomarse a mal eso.

—Lo sé pero créeme que tengo buenas intenciones. Desde que te encontré en este mundo, no he podido dejar de leerte y de alguna manera siento que soy como un chaval ansioso cada vez que publicas algo nuevo. Al mejor estilo de regalo de Navidad.

No pudo negar que el comentario le había hecho gracia y así que trató de teclear una respuesta inteligente para mantener el aura de mujer inteligente.

—Vale, me siento muy agradecida por aquellas palabras pero, como sabrás, cualquier escritor ante esa pregunta, se sentiría un poco extraño. Pero creo entender la intención.

—Soy así con todo, creo que es la principal razón por la cual soy médico. Exploro e indago hasta que no me quedo tranquilo. Tengo que dar con lo que busco porque si no me vuelvo como loco.

—Así que eres médico, interesante, ¿cuál es la especialización?

—Sí, soy traumatólogo. De hecho te escribo desde una sala de descanso en el hospital porque estoy supervisando unos pacientes que sufrieron un accidente.

—Vaya, eso suena bastante preocupante. ¿No?

—Ja, ja, ja. Un poco, pero todos están estables. Es la vida de un médico, para nosotros es algo normal y para el resto puede sonar alarmante.

—¿Cómo llegaste a leer mis historias?

—Si te soy sincero fue en una situación similar a la que estoy ahora. Estaba solo en una guardia y quería leer algo que me ayudara a despejarme de todo este ambiente. En un comentario de una amiga en Facebook, vi que recomendaba tu página y me dediqué a explorar. Fue tanto que creo que no paré de leer hasta que se me acercó una enfermera para informarme que un familiar de uno de los pacientes del pabellón insistía en hacer una visita fuera del horario.

—Guao, eso sí que es estupendo. Quiere decir que te gustó un poco.

—¿Un poco? Estás siendo modesta por lo que veo. De verdad que leer aquello me ha dado una especie de respiro y funciona porque aquí puede verse

episodios un poco duros.

—Creo que ese es el mejor halago que he recibido, la verdad.

—Pues tómalo así. Es así.

Sonrió un poco hasta que se percató que era lo suficientemente tarde para obligarse a descansar. Había recordado que sus horarios extraños no siempre podían ser entendidos por otras personas.

—Arturo, lo siento mucho. Debo irme porque hasta ahora me acabo de dar cuenta que es casi de madrugada y que debo obligarme a descansar además de que posiblemente te esté robando tiempo de sueño.

—Para nada, para nada. Créeme que entiendo perfectamente el tema de las horas locas. Pero no te preocupes, sólo espero que mi impertinencia no te haya ofendido y que me permitas seguir hablando contigo.

—Claro que sí, no tengo problema.

—Perfecto entonces. Descansa, Patricia y, por favor, no dejes de escribir.

Como todos los días, ella apagó su laptop plateada y se quedó en silencio. Si bien en sus historias sus personajes eran felices, fuertes e independientes, en momentos como ese se daba cuenta lo vulnerable que era. Estaba sola y consciente de sus fracasos en el amor, un fracaso que trataba de ocultar con éxito.

Se quitó la ropa y se dejó caer en la cama grande que tenía. Miró el techo de estilo industrial y trató de quedarse dormida.

—A pesar de todo, ha sido un día diferente.

Los ladridos del perro del vecino de al lado fueron tan estruendosos que Patricia tuvo que abrir los ojos. Cualquier intento para conciliar el sueño fue inútil.

Se fijó en el reloj despertador que tenía en una mesa de noche.

—Joder, las 6:00 a.m.

Era bastante temprano para lo que estaba acostumbrada usualmente. Sin embargo, decidió aprovechar la oportunidad para publicar la última novela y comenzar la redacción de una nueva. Esta era quizás, la etapa que más le agradaba hacer.

De mala gana, se levantó a prepararse un café. Puso un disco de The xx y comenzó a reproducirse para entrar en una fase de relajación. En ese momento, recordó la conversación que tuvo con Arturo, un tipo amable pero con cierto aire de algo que aún no acaba de descubrir.

Tomó el café y al poco tiempo fue al baño para tomar una ducha. Mientras se desvestía, se veía en el espejo.

Las piernas anchas, la piel morena clara y las estrías en el abdomen, el cabello hecho un revoltijo y los ojos negros y la pequeña cicatriz en el brazo derecho producto de un accidente cuando era una niña, los pechos pequeños pero firmes, la mirada cansada pero con aire optimista.

Cada día se agradecía el vivir en una ciudad tan vibrante y gracias a su esfuerzo y disciplina. Sentía que podía cumplir cualquier sueño.

Dejó de pensar, tomó el baño con agua fría y salió con más energías para trabajar... Energías que fueron tan intensas que le sirvieron para adelantar gran parte de los pendientes que había relegado.

Llegó el punto en el que su estómago se manifestó violentamente.

—Vale, vale, ya comeremos algo. Sólo un momento.

Dejó los pendientes casi en cero. Revisó, entre el hambre y el deber, el próximo tema central para su historia. Por algún motivo, pensó en el BDSM, un tópico que se hacía más común cada vez que investigaba que tocaba hacer una novela nueva.

No podía esconder la curiosidad que le provocaba. Todo lo relacionado con la dominación, sumisión, dolor y placer, hasta tortura. Sabía que un artículo de Wikipedia no era suficiente información para cubrir el espectro y de alguna manera también sabía que la experiencia podría enriquecer aún más el argumento que deseaba exponer.

Las reflexiones las retomaría en otro momento ya que el hambre no paraba de manifestarse. De hecho, se hacía cada vez más presente y de manera violenta. Un par de jeans rotos, una franela de Star Wars y unos Converse desgastados fueron suficientes para ir un par de calles a un local de auténticos baguets. Le gustaba ir cuando se daba un receso del trabajo, era práctico, cómodo y además delicioso.

A medida que se acercaba, podía percibir la cantidad de gente que estaba allí

a pesar que había pasado la hora del almuerzo. El pequeño recinto estaba simplemente atestado a tal punto que era difícil abrirse paso. Aun así, encontró una solitaria mesa cerca de la cocina. Quería esperar un poco hasta que se vaciara el restaurante.

Entre tanto, salió uno de los dependientes que ya la conocían.

—Eh, Patricia. ¿Qué se te apetece?

—¡Pedrín!, dos baguets de ajonjolí negro con salmón y un té de limón frío. Todo para llevar.

—Vale, vale. Te lo llevo en cuanto me desocupe.

Animada por la orden, estaba buscando en qué distraerse hasta que pareció ver a un personaje odioso. A la última persona que quería encontrarse en todo el mundo.

José fue la última relación, si así podría decirse, que tuvo hace dos años. Una relación llena de decepción y tan tóxica que resultaba asfixiante.

—Hola, Pati, vaya qué sorpresa encontrarte...

—El “Pati” está de sobra. Y también es una sorpresa para mí encontrarte... Aunque bastante desagradable.

—Eh, podemos tratarnos con un poco de amabilidad, ¿no crees?

—Yo no tengo que tratarte con ninguna amabilidad. Creo que hace bastante tiempo que perdiste ese privilegio.

Patricia conoció a José gracias a Twitter. Él era un amante empedernido del cine y ella compartía siempre música que a él le parecía interesante. Ambos compartían el gusto por las artes y eso hacía que las conversaciones se tornaran interesantes.

Un día, luego de mucha planificación, se encontraron en un café popular de la ciudad. Patricia se sentía muy atraída hacia él y estaba más que nerviosa. No sabía qué iba a resultar de todo aquello y estaba aún pensativa cuando por fin pudo divisarlo entre la gente. Era alto, blanco, de cabello negro, tupido al igual que su barba. De contextura robusta y con una amplia sonrisa cuando apenas la vio.

—No voy a darte la mano. Quiero abrazarte.

Y ella sintió un calor que la abrigaba como no había sentido nunca. Era un abrazo delicioso y que también representaba alivio y tranquilidad.

Charlaron durante horas y horas. La gente iba y venía pero ellos estaban allí, concentrados el uno con el otro, como si el resto del mundo no existiera.

El café estaba cerrando y la excusa de quedarse juntos parecía terminar. Salieron y la calle estaba un poco fría, volvieron abrazarse y se miraron nuevamente con esa intención de ignorar a todo el mundo. Él la besó y ella, de puntillas, se sostenía de sus hombros para pegarse más hacia su cuerpo.

—Ven a mi casa.

Ella asintió y fueron caminando de la mano por unas calles hasta llegar a un edificio pequeño pero acogedor. Subieron las escaleras como queriéndose comer en todas partes hasta que llegaron a la puerta del piso de José. Él la tomó por sorpresa y siguió besándola pero esta vez apasionadamente. Rozaban sus lenguas, se mordían, eran violentos tocándose. Patricia sentía que podía desvanecerse en cualquier momento.

Abrió la puerta y todo lo encontró a oscuras. La invitó a pasar y dejó las llaves en un bol de vidrio negro y le tomó la mano para que lo perdieran tiempo. La llevó hasta su habitación. Era grande, espaciosa y más o menos ordenada.

La cama estaba arreglada y ella pudo percibir algunos afectos personales que daban una muestra de la personalidad de José. Había un modelo a escala del Halcón Milenario y un par de Stormtroopers, una franela de Lego en el suelo, libros de cine y fotografía en la mesa que tenía cerca de la ventana. No pudo visualizar más porque aquel hombre más alto y más fuerte, estaba sobre ella, besándola y quitándole la ropa.

Patricia le respondió igual. En su vida se había sentido tan desesperada por sentir la carne de un hombre como José. Estaba ansiosa, deseosa de poseerlo.

La dejó en la cama, desnuda y húmeda. Ella quería sentirlo más cerca y no previó que él comenzaría a darle sexo oral. Uno intenso, fuerte, uno que ella nunca había sentido. Sus manos se sujetaban a sus sábanas y él sabía que lo estaba haciendo bien.

Casi con el clímax, José terminó de despojarse de lo poco que tenía encima para penetrarla. Patricia y él se miraron como unos chiquillos entusiasmados,

felices de por fin encontrarse y fue allí como en un destello, que ella sintió el miembro de él adentrándose en sus profundidades con un descaro que le hacía delirar.

José la rodeaba, la poseía, la tenía para sí. Él ignoraba que Patricia estaba entregada a él y que estaba ciega de todo lo demás, puesto que todo lo demás sobraba.

La noche continuó con intensidad y después de cinco polvos rudos y mágicos, quedaron sobre la cama admirando el silencio mientras compartían un cigarro. Estaban cansados y contentos. José le sujetaba la mano mientras caía en el sueño y ella pensaba que había disfrutado una noche de escándalo.

El tiempo comprobó que la química que tenía era pura dinamita. Ambos disfrutaban de festivales de cine, conciertos y visitas a galerías. José practicaba la fotografía haciéndole retratos a ella y Patricia le compartía sus más sagrados baguets de salmón. Parecían una pareja invencible.

Pero lo cierto es que se trataba de un espejismo. José escondía una personalidad egoísta y oportunista. Extrajo todo lo que quiso de Patricia y comenzó a desecharla cuando no encontró motivo aparente para seguir.

—No entiendo por qué estábamos llegando a este punto, no entiendo tu desdén ante todo.

—Estamos perdiendo discutiendo, Patricia. ¿Qué tal si dejamos esto para después?

—¿Y qué pasa si no quiero dejar esto para después?

—Entonces, estupendo. Estoy aburrido de esto, estoy aburrido de ti. Eres sumisa, poco participativa y yo, yo pues, soy un gilipollas. Eso tampoco ayuda... Ojalá fueras diferente.

Esas palabras resonaron en su cerebro como el sordo sonido del silencio. No supo qué decir. Quedó de pie y decidió buscar su cepillo de dientes, la franela que había dejado la noche anterior y un libro de arte que le había prestado.

José, por otro lado, se quedó en el sofá sin hacer nada. Se mantuvo en silencio quizás confiado de que ella regresaría... Pero no fue así.

Patricia, luego de aquel evento, quedó destrozada y con la confianza en sí misma por el suelo. Estuvo triste e incapaz de escribir algo relacionado al

amor. Todos los intentos dejaban historias trágicas, amargas. Lo que no quería lograr.

Pasado un tiempo, volvió a sentirse recuperada pero escéptica de las relaciones. Cobró una cautela casi enfermiza y deseó que el tiempo le diera oportunidad de recuperarse. Ahora, cuando se sentía más fuerte, se encontraba con aquel fantasma del pasado, como si la vida se burlara de ella descaradamente.

—Por lo que puedes ver, quedé encantado con los baguets y no he podido superarlos. Son deliciosos y adictivos.

Antes de responderle, Pedro, el dependiente del restaurante, le depositó la bolsa con el pedido en la mesa.

—Si quieres vienes después a pagar. Esto está imposible, eh.

—Gracias, Pedro.

Tomó la bolsa y se acercó a José.

—No me importa nada que tenga que ver contigo. Piérdete.

Se fue tan rápido como pudo y salió aguantando las ganas de llorar de impotencia. Le parecía mentira que sus sentimientos se convirtieran en plastilina en un encuentro fugaz pero doloroso.

Llegó a su piso, dejó las llaves en la cocina y se dejó caer en el suelo. Lloró por unos minutos hasta que se dijo.

—Vaya que sí soy estúpida, joder.

Reunió fuerzas y se lavó el rostro. Se prometió que no lo volvería a hacer a menos que fuera por alegría y éxtasis. No quería darle cabida a la tristeza o a la decepción.

Como una especie de señal divina, recibió un mensaje del chat de su correo.

—¡Hola, Patricia! Me han picado las manos durante todo el día por escribirte hasta que no pude aguantar más. Espero que volvamos a hablar pronto. Y, eh, olvida el horario, escíbeme cuando lo desees.

Ahí estaba él, un completo desconocido ofreciéndole una conversación agradable a pesar que ella no se encontraba de mejor humor. Prefirió tranquilizarse y comer puesto que ya comenzaba a sentirse débil. Luego tendría

fuerza para enfrentar lo demás.

Una hora y un cigarro después, Patricia se sentía capaz de derribar hasta un muro. Se había devorado los baguets con tanta prisa que hasta el olvidó el incidente de la tarde. El hambre podía más y eso lo agradecía.

—Hola, Arturo. He estado un poco ocupada pero me alegra saber de ti. ¿Cómo van las horas en el hospital?, ¿te interrumpo?

Pensó que tardaría tiempo pero se había equivocado.

—¡Hola!, pues si te soy franco, estaba sentándome justamente a almorzar y tomarme un receso. La guardia me ha dejado molido y sólo puedo esperar para tomar una buena siesta. ¿Qué tal tu día?

—Pues, no me puedo quejar. Salvo por un inconveniente, bastante tranquilo. Al igual que tú también me estoy tomando un momento porque siento que los ojos se me van a freír si paso más tiempo escribiendo.

—Un descanso nunca va mal, hay que estar conscientes de ello.

—Creo que estás actuando como si fueras mi doctor personal.

—No tendría problema en ello, es más, estaría más que encantado. Siempre es agradable recibir una visita que te alegre un poco.

—Pues, a lo mejor te tome la palabra.

—Hazlo no lo dudes... No quiero ser maleducado pero creo que tendré que dejarte por los momentos, después de aquí tengo un par de consultas y luego iré a casa a tomar una larga ducha y a dormir unas cuantas horas. De todas maneras, no escatimes en escribir, eh. Te responderé tan pronto como pueda.

—Vale, perfecto. Espero que puedas descansar.

Se despidieron sin mayor protocolo y así Patricia reanudó sus escritos, inmensa en la concentración y en los cigarros.

Las horas transcurrieron con una velocidad impresionante, la noche cayó en el resto de la ciudad que se preparaba a través de los anuncios extravagantes y las luces de neón.

Ella, por su parte, estaba tecleando con fuerza, como si la silla tuviera un poder magnético sobre sus piernas, era imposible dejar de estar allí puesto que su mente iba a la velocidad de la luz y sus dedos no iban a esa velocidad.

—Mmm, las 11:00...

El estómago le volvió a gruñir y pensó que era una buena idea frenar un poco. Rodó la silla para levantarse y estirarse. Volvió a recordar el rostro de José, su cuerpo, altura y el porte de hombre fuerte.

Dentro de sí no quería engañarse y sólo quería volver con él pero, por otro lado, qué sentido tenía volver a una vida agria, sola y esperando que alguien le correspondiera como quisiera. Sería un paso enorme hacia atrás, un paso en falso que podía evitar y quería hacerlo.

Volvió a hundirse en el vacío hasta que vio el chat aún activo con Arturo. Daba igual si no le respondía, era algo que deseaba tener y que no quería desaprovechar.

—La noche no te parece un poco fría, ¿o no? En momentos como este es que tomo lo que me gustaría hacer y lo llevo a la historia que estoy haciendo... Alguna escena de amor, algo íntimo pero que sea romántico pero también intenso. Creo que te estoy develando un secreto muy mío, eh.

Envío el mensaje ya que quería que actuara como carnada. Le daba igual si no funcionaba, al menos había reunido el valor de haber realizado el primer paso.

—¿En serio?, ¿qué sueles escribir?

Eureka, Patricia había abierto una puerta hacia desconocida para ella y quería adentrarse para saber qué podría encontrarse.

—Sí, de verdad. Depende, si mis personajes se están conociendo puede ser un encuentro intenso en donde se besan, intercambiar caricias, miradas que hablan por sí solas. Alguna especie de momento que desencadene la pasión que tengan entre sí. Eso sí, esa tensión la voy trabajando poco a poco.

—Me encanta que me confieses eso y eso suele pasar en la vida real. Hay pocos con quienes compartimos ese magnetismo que nos lleva a atraernos, obviando las excusas y hasta, inclusive, los canales.

—¿Los canales?, ¿qué quieres decir?

—Me refiero a los métodos de comunicación. A veces puedes sentir que tienes algo poderoso dentro de ti, eso que sientes por el otro y que es igual de fuerte.

—¿Te ha pasado?

—Claro que sí. He tenido la suerte de sentir eso. ¿Y tú?

—Sí, pero es algo que extraño. Allí surge alguna complicidad que desearía tener otra vez.

—La complicidad puede ser una pieza fundamental para desarrollar experiencias intensas, esas que hacen que pruebes tus límites.

—¿Experiencias de qué tipo?

—Como en el BDSM. ¿Sabes de qué se trata?

—Tengo una noción, pero no lo tengo muy claro.

—Pues es algo más de lo que probablemente hayas escuchado. Es una relación que vives de una manera intensa y fuerte, puede a llevarte a conocer situaciones y emociones complejas. Es increíble.

—Hablas con mucha propiedad, ¿a qué se debe?

—La verdad es que soy Dominante pero me inicié como sumiso. Practico este estilo de vida desde hace algún tiempo y es como tener una faceta que no siempre me siento cómodo en compartir.

—¿Por qué lo haces con una perfecta desconocida?

—Porque contigo siento esa conexión, Patricia. Siento que hay un magnetismo que yo no puedo explicar y que no te esconderé que me gusta mucho.

—¿No crees que es algo anticipado?

—Puede ser, pero soy un tío directo y creo que es mejor tener una comunicación franca.

Patricia leía intrigada, como si estuviera absorta en un aura fascinante.

—Me gustaría escucharte, ¿me pasarías tu número?

Dudosa, permaneció en silencio un rato. Ya no contaría con el escudo de la pantalla que le servía de protección para pensar en respuestas inteligentes. Esta vez, se dejaría vencer por la esa insistencia que le estaba resultando placentera.

Accedió entonces y comenzó a sentir que su corazón latía con fuerza, casi desbocándose por su pecho.

—¿Aló?

—Hola, Patricia, ¿interrumpo?

—H-hola, para nada. Estaba descansando un rato.

—Vaya, qué diferencia es escucharte. Más placentero sin duda.

—G-gracias, je, je.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía genuinamente intimidada por lo decisivo que era Arturo... Pero le agradaba.

—Pues, como te decía, soy Dominante y desde hace bastante tiempo.

—Mi pregunta será cliché pero debo hacerla, ¿desde hace cuándo que lo eres?

—Ja, ja, ja. Tranquila, entiendo perfectamente... A ver, déjame pensar. Todo comenzó cuando tenía unos 16 años y estaba en la secundaria. Para aquel entonces era un chaval inseguro y bastante nerd.

>>Recuerdo, de hecho, que disfrutaba inmensamente las clases de Biología y Química y pasaba gran parte del tiempo leyendo y haciéndole preguntas necias a mis profesores. Resulta que un día, ingresó una chica nueva, increíblemente guapa. Era alta, rubia, con un cuerpo exuberante y con un andar que nos volvía loco a los chicos. Era como una diosa y todos fantaseábamos con ella.

>>Dejé de hacerlo cuando me di cuenta que era un ñoño y que ella nunca se fijaría en mí. Lo cierto es que me encontraba en el laboratorio de Química haciendo unos experimentos y entró de repente. Estaba mudo y traté de preguntarle que quería pero no me dejó hablar. Se acercó a mí a tal punto que me encontré sintiendo sus pechos y con una mano debajo de su falda.

>>Nos besamos con mucha intensidad y así estuvimos un largo rato. Créeme, me sentía como en chaval con más suerte del mundo. Nos hicimos novios aunque nuestra relación era meramente carnal.

>>Nos veíamos y teníamos sexo y luego comíamos hamburguesas o salíamos a caminar por ahí, nada del otro mundo. Sin embargo, ella se acercó a mí pidiéndome que probáramos con algo diferente: el BDSM. Como vivía para complacerla, accedí. Allí comenzó mi viaje como sumiso.

—Vaya, toda una historia pero, ¿qué hacías?

—De todo. Si recibía la orden de no tener un orgasmo, debía acatarla por más difícil que fuera. Hacíamos amarras, juegos y hasta un día tuvo una reunión con un grupo de amigas y me tenía allí, sentado, mirando el suelo y completamente ignorado por ella.

—Vaya, suena intenso.

—Lo fue pero a raíz de esa relación aprendí muchísimo y quedé pidiendo más. Con el tiempo, sin embargo, quería probar el tener el control, el decidir cuándo sería un orgasmo, el que determinara cuando placer o dolor podía infligir. Fue por ello que nos comenzamos a separar y cada quien tomó su camino.

—¿Sabes?, tocaste ese tema y es algo que me gustaría hacer para mi próxima novela pero siento que por más que leo me estoy perdiendo una parte importante.

—Sé a qué te refieres y lo entiendo, pero también tienes que recordar que es algo que requiere de compromiso, responsabilidad y esfuerzo. Alguien que no te prometa eso, es un simple charlatán y tienes que salir huyendo de él... Especialmente en tu caso que tienes curiosidad pero no has tenido un acercamiento formal.

—Eso es lo que me intimida pero no deja de atraerme. He leído e investigado pero me gustaría adentrarme un poco, al menos para tener una experiencia de primera mano.

—Entonces quiero tener el honor de ayudarte en eso. Puedes tener la confianza de que hablas con alguien que sabe de ello y lo menos que haría sería jugarte una mala pasada... Aunque no lo creas, te respeto y mucho y quiero que tengas una experiencia única al aceptar.

¿Sería demasiado para Patricia?, ¿no era un poco arriesgado?, ¿sería lo mismo como con José? El pensar demasiado las cosas tampoco le había traído cosas buenas a ella y no quiso hacerlo más, daba igual, le daría sí a la aventura.

—Vale, está bien.

—Perfecto. Estoy como chaval emocionado en día de Navidad... Ok, déjame ver, ¿qué tal si primero te llevo para una fiesta que se está planificando para este viernes? Así conocerás el entorno pero te advierto, puede que veas algunas cosas que te vayan a parecer un poco fuertes.

—Estupendo, esto lo veo como una aventura y me siento preparada para ello.

—Me complace mucho oírte decir eso.

A ese punto, Patricia se sentía completamente seducida por la forma de hablar

de Arturo. Su voz se sentía como terciopelo sobre la piel. Era grave pero al mismo tiempo sensual. Cada vez que lo oía sentía que sus piernas flaqueaban un poco.

—¿Debo vestirme de alguna manera?

—Bueno, generalmente, la gente suele vestirse de negro pero nada muy elaborado. Estoy seguro que te verás hermosa con lo que sea.

—Je, je, je. Ya veremos.

—Vale. Debo despedirme porque se me cierran los ojos y creo que tú también necesitas descansar. Estoy súper emocionado porque por fin nos veremos. Espero que te sientas cómoda con lo que hemos hablado.

—Sin duda, gracias por la charla.

—No hay nada que agradecer. Descansa, guapa.

Apagó el móvil y se echó en el sofá de la sala a pensar en todo lo que había hablado con Arturo. En ese momento pensó que se había comprometido con un tipo al que nunca le había visto la cara y que la única información que tenía de él era que es médico especializado en traumatología y que trabaja en el hospital.

De resto, era un completo extraño pero no importaba. Patricia decidió que vería el vaso medio lleno de la situación y que, fuera lo que fuera, trataría de pasarla bien.

II

Tomó sus Converse y algo para abrigarse porque el día estaba un poco frío pero eso sí, nada alarmante.

Mientras iba caminando por la calle, se había dado cuenta que los días habían pasado como flecha en el aire. La cita con Arturo estaba a la vuelta de la esquina y estaba haciéndose cada vez más real.

—Espero que sigas animada a ir. Me encantaría mucho verte.

Así era él, como una especie de recordatorio que no la dejaba escapar del pacto que ambos habían realizado.

Se sentía tan comprometida que decidió ese día salir al centro comercial que tenía cerca y que resultaba un lugar muy concurrido por quienes vivían cerca puesto que era práctico y tenía una diversidad de establecimientos que hacía todo más sencillo.

Contaba con un supermercado, bancos, jugueterías, tiendas de regalos, dos cines, una gran feria de la comedia con una interesante selección de propuestas gastronómicas y locales de ropa, los cuales, representaban el objetivo de la visita de Patricia al lugar.

Atravesó ambas puertas automáticas y visualizó a chicas colegialas comiendo con churros de chocolate, señoras haciendo mercado juntas y una variedad de personas paseando con calma y con aire animado.

Ella, por su parte, no pudo evitar recordar las visitas que hizo al centro comercial para comprar el dulce que le gustaba a José o con el fin de sorprenderlo con un regalo especial. Esos días habían pasado y se sorprendió hallándose en una circunstancia muy diferente.

Respiró profundo y se adentró aún más. Su mente entró en una especie de trance. No paraba de repetirse a sí misma un sinfín de dudas y pensamientos absurdos.

—Dios mío, ¿qué me voy a poner?

Se mordía el labio y reconoció que ese era el menor de los problemas. Se

trataba más bien de sentirse cómoda al ir a un evento que prometía remover hasta la última fibra.

Deambulando, paró en su tienda de ropa favorita. Se animó y entró. A pesar de estar casi en pleno fin de semana, el local estaba casi vacío y lo suficientemente amigable para ver los percheros buscando algo que le llamara la atención.

Se detuvo en una sección y extrajo un vestido negro, de algodón y lo que le pareció algo corto. Sin embargo, no le importó mucho y lo tomó para probárselo.

Se desnudó rápidamente y se colocó el vestido de mangas largas y con un pequeño escote en la espalda. Poco a poco, giró en sí misma y se vio en el reflejo.

Notaba las piernas anchas, las cicatrices en sus dos rodillas y una que otra marca de raspones. No escondió su preocupación por el largo de la indumentaria pero no le molestó porque se sintió cómoda, ligera y sencilla, guardando cierto grado de elegancia.

Sin pensarlo, se lo llevó y pensó que sería buena idea comprar un Merlot para no llegar al lugar con las manos vacías. Apostaba la idea de que un poco de alcohol podría lubricar un poco la tensión y romper el hielo con éxito.

Llegó a casa y la sensación se volvió real. Se sentó para adelantar algo de trabajo y así se mantuvo un par de horas hasta que llegó el momento de prepararse.

Casi hipnotizada en la pantalla, escuchó el suave vibrador del móvil que informaba que recibía una llamada de Arturo.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás?

—Un poco nerviosa, estoy que parezco una hoja.

—Venga, no te preocupes que la pasarás bien. Te llamo para saber si quieres que te pase buscando o que nos encontremos en un lugar.

Patricia, resguardando las distancias, no dudo dos veces en dar la respuesta.

—Mejor nos encontramos, ¿qué te parece?

—Pues, perfecto. Hay una estación de subterráneo que queda cerca de la dirección. Así nos vemos y vamos juntos para que te sientas más cómoda.

—Bien, entonces te estaré escribiendo avisándote que estaré cerca.

—Estupendo, Patricia. Estaré muy atento. Estamos hablando. Sé que esta noche la pasaremos muy bien.

Colgó y se metió en el baño para prepararse. Patricia, a pesar de estar viviendo en una ciudad en donde la apariencia era muy importante, procuraba mantenerse sencilla y más auténtica a sí misma. No obstante quería deslumbrar a Arturo y, sobre todo, a ella.

Se metió en la ducha y lavó su cabello y la piel. Con calma, con serenidad. Salió desnuda y comenzó a secarse el cuerpo para luego vestirse.

Ropa interior negra de encaje y luego el vestido. Acercó un taburete de madera y se sentó frente a un pequeño espejo que tenía en su habitación. Se miró fijamente y comenzó a aplicarse el maquillaje en el rostro.

Emparejó el color, se delineó los ojos estilo cat eye y el toque final fueron los labios rojos. Al final, se veía espléndida. Conforme con el resultado, tomó unos zapatos negros de tacón y un pequeño bolso plateado.

Se acercó a la cocina y tomó la botella. Ya, para lo último fue un rocío de Channel N°5 antes de salir. La cantidad necesaria para sentirse casi como una diosa.

—Estoy saliendo y ya me dirijo a la estación. Te estaré esperando.

Estaba un poco retrasada pero usaría ese tiempo para generar un poco de suspenso y tensión. Había pasado tanto tiempo sin salir con alguien que estaba decidida a disfrutar la situación tanto como pudiera.

Tomó el ascensor y uno de sus vecinos tuvo que mirarla dos veces para reconocerla.

—Eh, Patricia, qué guapa estás.

—Gracias, Rodrigo.

Se dio cuenta que, a medida que salía del edificio, la gente la observaba con curiosidad. Usualmente era una persona muy informal y ahora se había transformado en algo completamente diferente. Mientras, ella se sentía como una brisa fresca.

Salió a la calle y llamó a un taxi con el fin de que la acercara lo más posible a una estación que le había indicado Arturo para así encontrarse con él.

Al llegar, bajó con delicadeza las escaleras puesto que estaba un poco oxidada en cuanto a las artes de los tacones, pero estaba entusiasmada, era casi como asistir a una fiesta secreta con un acompañante misterioso y desconocido.

Afortunadamente, la distancia de donde se encontraba hasta el punto de encuentro no era mucha así que no tardaría más de lo necesario.

—Estoy ya aquí. Espero por ti.

El corazón se aceleró tanto que se tambaleó un poco pero luego recurrió a los ejercicios de respiración que veía tanto por YouTube para no perder la compostura y, finalmente, relajarse.

Una voz metálica y casi inaudible anunció la estación y las puertas de los vagones se abrieron de par en par. Se apoyó de la baranda y ella salió resuelta como si se tratase de una cita cualquiera. El viernes prometía más de lo que creía.

Tomó las escaleras mecánicas mientras se bajaba un poco el vestido que resaltaban las bondades de su cuerpo curvilíneo. Trató de mantener el rostro apacible, la actitud calma, el tratar de estar bajo control.

Llegó a la salida y estuvo de darse la vuelta y regresar pero vio un hombre de un metro noventa, moreno, cabello negro tupido, con lentes de pasta negra. Vestido de con jeans oscuros, Oxford y suéter ligero de negro. Se encontraba apoyado en un coche del mismo color y con la expresión de ansioso e impaciente.

En ese instante, Patricia le vio el rostro y su figura. Dentro de sí deseaba que se tratara de él.

Arturo, quien no disimulaba la inquietud, sacó el móvil para marcar el número de Patricia cuando se le acercó una mujer no muy alta, de piernas anchas, cintura pequeña y cabello abundante y rizado. Le sonreía desde la distancia y pensó que se trataba de Patricia.

Con prudencia se le acercó.

—¿Patricia?

—Sí, así es. ¡Hola, Arturo!

Sonrieron y permanecieron un poco incómodos pero felices de haberse encontrado.

—Déjame abrazarte.

Lo hicieron y Patricia se sintió abrumada por la fuerza de él. Se sintió bordeada por sus hombros y espalda ancha, por el olor a perfume agradable, por la calidez.

—Estaba tan ansioso que por un momento me asusté y pensé que no vendrías. No te imaginas lo contento que me siento, de verdad.

—Yo también, creo que se me nota que estoy súper nerviosa, eh.

—Para nada, lo único que se te nota es lo hermosa que estás. Eres tal cual te imaginé.

Patricia no pudo esconder el rubor y él sólo sonreía.

—Pues, ya que estamos aquí, ven, entra al coche. Al lugar que vamos es un poco lejos y caminar sería un poco incómodo.

—Pues, excelente.

Le abrió la puerta y entró. A los pocos segundos, Patricia percibió el olor a cuero de los asientos y del ambientador de pino que colgaba del espejo retrovisor. De resto, todo se veía pulcro y bastante nuevo.

—Veo que tienes a un acompañante contigo.

—Ah, esto. Sí, sí. Es que pensé que sería de buena educación llevar algo y más cuando no conozco a las personas que estarán allí.

—Estás conmigo.

—Claro, pero es un gesto que creo que se agradece, ¿no crees?

—Por supuesto. Está genial, yo llevo una de vodka. Y si me dijo guiar por lo que llevamos, supongo que lo que sobraré será alcohol.

Rieron un poco y permanecieron en silencio.

—He querido hacerte esta pregunta pero me ha dado un poco de, no sé, digamos que preocupación aunque no es la palabra exacta.

—A ver, dime.

—¿No tuviste problemas en informar que iba contigo?, o sea, porque no me conocen...

—Tuve un poco de resistencia pero se debe a que son personas que tienen muy

alta estima a su privacidad. Tienen mucho cuidado sobre las cosas que comparten y a las personas con quienes lo hacen.

—Entiendo, créeme que entiendo eso a la perfección.

—... Por eso, pero les he dicho que eres una amiga a quien le confío la vida y bueno, no tuvieron problemas con eso y accedieron.

—Vaya, me imagino que todo fue como una especie de trabajo de convencimiento y todo.

—No tanto así porque somos un grupo de personas que tenemos tiempo conociéndonos así que nuestra palabra es algo que se valora enormemente.

Arturo había tomado una vía hacia una calle oscura pero con casas elegantes. Había árboles, arbustos y pocos faros con luz.

—Este ambiente es de película.

—Ja, ja, ja. Un poco, pero digamos que le da cierto aire de misterio a todo. Pero no te preocupes, es una zona segura. De hecho, es un área de gente de dinero.

—Oh, vaya. Tengo siete años viviendo en la ciudad y nunca había venido para aquí. Supongo que todos los días se aprende algo nuevo.

Arturo parecía concentrado en la calle pero lo cierto era que era zona familiar para él porque vivía cerca. Por ello, se concentró en admirar a Patricia. Cada vez que podía, la observaba. El cabello, la piel, los labios gruesos de rojo. Estaba allí como un observador que quería dedicarle la mirada y atención a aquella mujer que tanto le atraía.

Desde que comenzó a leer sus novelas, Arturo no pudo evitar sentirse como un grupie enamorado. Fue sólo cuestión de tiempo para que se sintiera fascinado por esas letras y que eso se manifestara en mensajes de admiración.

Se sintió agradecido de tener la valentía de haberle hecho esa pregunta a pesar de que sabía que podría resultar ofensiva hacia ella, lo cual, así fue. Pero ahí estaban los dos, hablando de nada y dirigiéndose a una reunión. Parecía que todo se trataba de un sueño hecho realidad.

—Estamos cerca.

—Estoy nerviosa.

—No lo estés. Ten la seguridad que nadie te juzgará, ¿vale? Además, vienes conmigo y conmigo tendrás la seguridad de que todo saldrá bien.

Salieron del coche y se enrumbaron hacia lo que parecía una casa de dos plantas bastante grande. La misma, estaba rodeada de árboles, arbustos y una cerca de rejas negras que terminaban en punta.

La entrada era una gran puerta de madera de superficie lisa y el resto de las paredes conjugaban grandes ventanales que daban una vista de la vida que había detrás de ellas.

Apenas estuvieron cerca, escucharon lo que parecía música electrónica. Arturo se mantenía junto a Patricia y ella hacía lo mismo.

—¡Hola, A! Vaya, traes la botella de la felicidad.

Los recibió una pelirroja bastante alta y delgada, de ojos verdes y vestida con un vestido de seda que dejaba entrever ligeros haciendo juego.

—Pues sí, Ana. Para que veas que siempre llevo la diversión conmigo.

—Te hemos visto llegar... ¿Ella es?

—Patricia, una amiga mía.

Patricia estaba helada y algo intimidada. Tragó fuerte y sonrió mostrando la botella de vino.

—Espero que esto también sea símbolo de diversión.

—Pues, claro, Patricia. Todo es recibido con mucho gusto. ¡Bienvenidos!

Arturo le dio un beso en la mejilla a la mujer y luego le picó el ojo a Patricia quien aún estaba un poco asustada.

Todo parecía muy blanco y elegante. Había alfombras impecables, muebles de acero y cuero, luces bajas y la música no tan alta para que todos pudieran hablar cómodamente.

Hay un grupo entre 30 y 40 personas distribuidos en la sala y en la terraza que daba hacia la piscina. Algunos vestían de traje negro y otros como Arturo, estaban más informales. Había chicas arrodilladas al lado de sus Amos, sumisos de pie y mirando al suelo, en silencio. Había tacones altos, ropa ostentosa, atrevida, látigos y mordazas. Cada quien estaba en su papel.

—Vaya...

—Esto es casi una subcultura. Aquí hay de todo, médicos, abogados, amas de casa, estudiantes de universidad. En este tipo de espacio es en donde nosotros podemos expresar libremente lo que somos.

—Es increíble.

—¿Estás bien?

—Sí. Sólo que es algo que no esperaba.

—Vale, quiero presentarte a alguien. El dueño de casa.

Salieron en la terraza. Había una gran piscina, plantas y una vista impresionante de la ciudad. Algunos invitados conversaban en las mesas dispuestas a lo largo del perímetro.

Ambos, se dirigieron hacia un hombre de traje negro, sentado en una silla ornamentada y el cual sostenía un par de cadenas unidas a los cuellos de una chica delgada y un chico de igual contextura. Los dos miraban fijamente al suelo, sin decir palabra.

El hombre tenía rasgos finos, era blanco, de cabello negro corto, pulcramente cortado al igual que la barba. Conversaba animadamente con la misma mujer que los había recibido.

—¡Bienvenido, A! Me alegra mucho de verdad.

—Gracias, J. Sabes que es un placer para mí venir. Quiero presentarte a una amiga.

De una altura similar a la de Arturo, J se le acercó a Patricia de manera galante y segura.

—Así que eres Patricia. Pues, bienvenida también. Espero que la velada sea de tu agrado.

—Gracias por permitirme estar aquí. Este lugar es hermoso.

—Más hermoso es compartirlo con los amigos, Patricia. Dentro de poco daremos una ceremonia de apertura para que entremos en calor, por lo pronto, pueden acercarse a la barra que tenemos algunas tapas y algo para beber. ¡Disfruten!

Arturo y J volvieron a darse la mano y luego se reunió con Patricia.

—J es el miembro fundador del grupo aquí en la ciudad. Él siempre organiza

las fiestas y reuniones de este estilo.

—Increíble. Por cierto, ¿quiénes eran los chavales que estaban con él? Los que se encontraban en el suelo.

—¡Ah!, olvidé decirte, ellos son sus sumisos. Es una forma de darles a entender a los demás que pertenecen y obedecen a un determinado Amo o Dominante. A mí en lo particular no me gusta hacer alarde de ello salvo por un collar, pero luego te darás cuenta que son estilos de ver el BDSM.

—¿Cómo es tu estilo?

Arturo iba a responder cuando anunciaron la ceremonia de apertura que J les había mencionado.

—Salvada por la campana... Ahora, presta atención.

J se levantó de su silla y se dirigió a la sala. La música comenzó a bajar de volumen hasta que todo el recinto quedó en completo silencio.

—Estoy muy feliz de tenerlos esta noche en mi humilde morada y más aún por contar con rostros nuevos que demuestran el entusiasmo en este mundo tan querido por nosotros. No quiero extenderme y me limitaré en decirles algunas actividades que estaremos realizando. En una de las habitaciones haremos shibari. Los entusiastas de los amarres recibirán lo que necesitan para las sesiones.

>>>Por otro lado, aquí, en la sala estaremos realizando sesiones de spanking en la que utilizaremos una selección de azotes para hacer que los Dominantes experimenten diferentes tipos de marcas; en la terraza se hará una exhibición de pony play y de artículos de látex y cuero. De resto, pueden disfrutar de tragos y comida a su placer. Espero que disfruten la velada, amigos. ¡Salud!

Arturo susurró suavemente al oído de Patricia.

—¿Qué te gustaría hacer primero?

—Guíame.

—Será todo un placer.

Colocó su mano en la espalda de ella arriesgándose ser verse como un hombre atrevido. Sin embargo, ella no pareció molestarse porque se sentía cómoda con él y el ambiente era propicio para generar intimidad.

—Veamos el shibari, creo que te parecerá interesante.

Se dirigieron a una habitación grande y oscura salvo por una luz blanca, cenital que dejaba una especie de forma circular en el centro. Allí se encontraba un hombre de unos 40 años, calvo y fuerte. Junto a él, una joven delgada, rubia y desnuda.

Arturo y Patricia se ubicaron en el fondo de la habitación, en silencio como el resto de quienes se encontraban allí.

El hombre, mientras, se colocó unos guantes de cuero y comenzó a acariciar el cuerpo de la joven que lo miraba con dulzura. Poco tiempo después, trajo consigo unas cuerdas de lo que parecía cáñamo e inició con una serie de amarres con un arte que maravillaba a Patricia. Ella estaba concentrada, como en trance y Arturo la veía de reojo para analizar sus reacciones.

Luego de los amarres, desde el techo descendía un gancho grande de metal gracias a un mecanismo de poleas que había en la habitación. El hombre tomó otra cuerda, aseguró que resistiría el peso de su sumisa. Esta quedó suspendida en el aire, haciendo formas hermosas y sublimes como si se tratase de un cisne delicado sobre el agua.

Lo único audible de la habitación era la respiración de los espectadores y los gemidos de la joven quien al parecer se excitaba con el roce de la cuerda sobre la piel... De alguna manera Patricia también comenzó a sentirse de esa manera.

—Ven.

Le dijo Arturo llevándosela a otro lugar.

El ambiente se volvía cada vez más envolvente. La gente estaba como en trance y Patricia le parecía algo muy peculiar porque estaba experimentando lo mismo. Por si fuera poco, cada vez que podía, observaba a Arturo y sentía una gran atracción hacia él. Como si fuera algo magnético, mágico.

—Me gustaría que vieras el pony play y los accesorios de cuero y látex. Se puede aprender mucho de ellos viéndolos y, además, creo que habrá cosas que te parecerán curiosas.

Como ella había previsto, todo lo que había leído sobre el BDSM era eso, sólo palabras. Estando allí pudo descubrir que vivir el entorno era algo muy diferente. Afortunadamente, sabía de ciertas cosas lo cual la ayudó a tener una

perspectiva más clara de todo lo que estaba pasando. De hecho, estaba segura que cualquier otra persona estuviera sumida en un estado de confusión casi insoportable.

—Hay algo que no entiendo, ¿qué significa eso de “pony play”?

—En el BDSM existen muchas vertientes. Además de las relaciones de Dominación y sumisión, también contempla el sadismo, masoquismo y fetichismo. El pony play, digamos, hay una relación en donde hay un Amo y un sumiso pero la misma se expresa a través de un juego en donde una parte interpreta a cierto animal, en este caso, un caballo.

>>Esto, además, se suma una interpretación, es decir, el sumiso o sumisa asume el papel de ese animal, camina como el, se mueve como el y obedece según los requerimientos de su Dominante. En algunos casos incluye sexo pero generalmente no es así.

—¿Cuál es la finalidad de eso?

—Placer, Patricia. Todo es el resultado de placer. Para algunos no se ve o suena lógico pero, recuerda, tiene que ver con la dominación y sumisión.

—¿Cualquier sumiso hace eso?

—No, por eso es tan importante que hables primero con el Dominante para que ambos lleguen a un acuerdo y nada de lo que se haga sea forzado. Cualquier persona que te lleve a hacer algo que tú no desees, no es correcto. ¿Vale?

—Vale, aunque no te negaré que me parece un poco raro.

—Ja, ja, ja. Si supieras que existen otras interacciones un poco, digamos, menos comunes. Está el furry play. En este caso, los involucrados lucen trajes de completos de animales y tratan de actuar como ellos.

—Guao... ¿En serio?

—Sí, y les resulta muy gratificante.

—Vaya...

—Pues sí, pero déjame decirte algo. El que estés aquí demuestra que tienes una mentalidad abierta y eso es muy valorado. A muchos nos tildan de desequilibrados o locos y la verdad es que sólo es un medio para expresar nuestra sexualidad. No le hacemos daño a nadie... Bueno, no de manera no

consensuada.

—Esto me intimida un poco.

—Patricia, no tienes que saber todo y aceptar todo de una sola vez. Esto es un proceso y agradezco inmensamente el que estés atenta y curiosa de lo que está pasando. Si no te sientes bien, dímelo y nos vamos, ¿vale?

—Vale, hasta ahora no me he sentido mal gracias a que estoy contigo...

Volvieron a mirarse y comenzaron a acercarse cuando Ana los interrumpió.

—Chicos, ya va a empezar el show de pony play. ¡Apúrense!

Arturo, para sus adentros, volvió a maldecir la oportunidad perdida de besar a Patricia.

—Aún tengo toda la noche.

Se recordó.

La música seguía sonando y pasaron por una pareja que estaba en el sofá preparándose para la sesión de spanking que harían en un rato. En la mesa larga y angosta, descansaban látigos, un peine metálico, varas de bambú y un cinturón negro de cuero. A Patricia le llamó la atención pero luego giró la mirada hacia la piscina.

En lo que parecía una carretilla negra de un puesto, estaba una mujer con las piernas cruzadas y con un antifaz ornamentado y brillante. Sujetaba en una mano una pieza larga de cuero unida a una mordaza de un hombre vestido con pocas prendas de cuero negro. Tenía la mirada hacia el frente y con un porte serio.

—Le presento a mi esclavo. No merece si quiera que diga su nombre.

Patricia observaba y vio los pies del hombre que estaban dispuestos como cascos tal cual un caballo. Hacía sonido de relinches y agitaba la cabeza.

Arturo bajó un poco la cabeza para acercarse a Patricia.

—Como puedes ver, él está actuando como un caballo.

—¿Por qué ella no dice su nombre?

—Es una forma de humillación. Comprende una de las dinámicas entre Amo y sumiso. No pongas esa cara, ja, ja, ja. Es perfectamente normal. Recuerda que

eso se llega ahí porque hay acuerdos y términos de por medio.

Asintió y luego quedó hipnotizada por el espectáculo que brindó la pareja. El hombre comenzó a andar con la orden de la mujer y dio un par de vueltas a la piscina. Ella, al término, se bajó y comenzó a acariciarlo. Dejó de hacerlo y le ordenó que hiciera ciertos movimientos que fueron aplaudidos por los presentes.

Patricia, por su parte, estaba maravillada que la gente pudiera expresarse de esa manera.

Luego se puso de pie J con uno de sus sumisos. Tomó la cadena del chico y este se levantó con cierta dificultad puesto que tenía tiempo arrodillado.

—Vaya, Vero, tienes un ejemplar muy bueno aquí.

—No lo dudes. Si quieres, puedes hacer que tu sumiso haga cosas increíbles si lo dejas a mi cargo.

—Sería todo un placer. Podemos discutir eso mejor, pero termina de ofrecernos tu hermoso espectáculo por favor.

J volvió a sentarse en la silla, admirando el espectáculo.

—Veamos esto mejor, ¿quieres?

Arturo volvió a tomarla de la mano y se acercaron una mesa larga en la cual había un crisol de accesorios de cuero y látex. Tal como habían anunciado con énfasis J y varios de los invitados a la fiesta.

—¡Hola, A!, me alegra verte esta noche. Tenemos por aquí unos látigos de gato de nueve colas que creo que te gustarán. Los hicimos con cuero gastado marrón para darles un toque más especial.

—¿Nueve colas?

—Sí, son un látigo que tiene nueve trozos de cuerda o cuero que se usan para azotar.

—¿Por qué te hacen esa recomendación?

Volvió a acercarse aún más.

—Porque me gusta azotar.

Patricia sintió como un calor en el cuello y que se esparcía por todo su cuerpo.

Tenía los ojos grandes y negros de Arturo mirándola fijamente y se sintió pequeña pero deseada.

Arturo tomó uno de los látigos que le mostraron y estuvo tocándolo, observándolo con detenimiento. Patricia, por su parte, se dirigió a una sección en donde había antifaces y máscaras.

—¡Hola!, me llamo Francia y vi que estás con A. Espero que la estés pasando bien.

—Pues, sí. Algunas cosas se me hacen desconocidas pero estoy adaptándome.

—Tranquila, así nos pasa a todos y por eso no te preocupes, aquí todos comprendemos las necesidades y gustos de los que estamos aquí. Nadie juzga a nadie.

—Gracias, de verdad. Por cierto, tienes modelos hermosos.

—Hacemos nuestro mejor esfuerzo. Mira este, creo que te puede gustar.

Le pasó un modelo negro con cubierto por encaje fino del mismo color.

—Es hermoso...

—Y muy cómodo. Nos aseguramos que cada uno de los accesorios sean hechos de esta manera. Por ejemplo, en la parte posterior tiene cintas para que sea ajustable sin dificultar la circulación. ¡Ah! Y vienen con una pequeña caja para protegerlo del polvo y la suciedad.

—Vaya, lo tiene todo cubierto.

—Hacemos lo posible.

Francia sonreía hasta que se acercó otro potencial cliente.

—Estaré cerca por si necesitas algo.

Patricia sostenía con calma el antifaz hasta que sintió el calor del cuerpo de Arturo.

—Veo que te gustó mucho... Se te vería muy bien.

—Está hermoso...

—Francia siempre tiene cuidado en hacer objetos hechos con buen gusto. ¿Te gusta?

—Mucho, la verdad, pero no sé en qué momento usarlo.

—Se te presentará la situación... Créeme... Permíteme.

Él tomó el antifaz y lo llevó hacia donde estaba Francia. Luego, Arturo regresó con una pequeña caja de madera.

—Piensa en esto como un regalo.

—Oh, no, no. Creo que no podría aceptar.

—Hazlo, anda. No aceptaré un no como respuesta.

Patricia dudó pero igual tomó la caja.

—Muchas gracias.

—No agradezcas, mejor vamos a ver el último show de hoy, ¿quieres?

—Sí.

A pocos pasos de ellos, la misma pareja del sofá, se encontraban cerca de la chimenea. Esta vez, era hombre delgado y pálido, con una expresión severa. Estaba sentado con una silla y, sobre él, una joven a la cual no se le podía ver el rostro ya que sólo estaban expuestas sus nalgas a la vista del público.

Sobre la misma mesa que Patricia había visto en un principio antes de ir a la piscina, tenía más objetos: Otro látigo de nueve colas, cañas, látigos hechos de cuerda y cuero, además de una mordaza con una bola roja.

—¿Eso es una mordaza?

—Sí, así es.

—Creía haberla visto cuando leía sobre BDSM.

—Una mordaza puede ser, prácticamente, cualquier cosa. Un paño, pañuelo, cuerda, inclusive máscaras completas. En algunos casos, estas vienen hasta para controlar la respiración del sumiso pero creo que eso está más inclinado a los fetichistas.

Había un número importante de espectadores. Esta vez, no había presentaciones. El Dominante fue al grano.

Comenzó a darle nalgadas a la sumisa, con un ritmo gradual pero constante. Cada impacto, Patricia lo sentía como si fuera a ella. Tragaba fuerte pero no podía dejar de ver.

El Dominante lo hacía con cada vez más fuerza y, en cierto punto, se

escuchaba los gemidos o quejidos de ella, ahogados entre su cabello largo y negro.

—Cállate.

Era lo único que decía mientras seguía haciéndolo. Sintió que le dolía ambas manos y dejó a la chica en cierta posición en la silla. Él, por su parte, se dirigió a la mesa de la sala y tomó una caña. 1, 2, 3... El número aumentaba, el dolor también.

Poco tiempo después, tomó la mordaza de bola y se lo colocó con suavidad. Volvió a nalguearla pero esta vez con el látigo de cola.

Patricia se echó un poco para atrás al ver las marcas de la chica. También observó la pequeña sonrisa que esbozaba Arturo. Un gesto que supo no pudo dejar de disimular.

Los azotes los hacía también en la espalda. Las heridas hechas por el cuero, la piel enrojecida, rota y el dolor expresado en ciertos retorcimientos y espasmos. El Dominante trataba de contener su propia excitación. Cada tanto paraba, se limpiaba el sudor, respiraba profundo para incorporarse después.

Patricia estaba experimentando algo eléctrico en su cuerpo, algo que nunca había sentido, por ende, se apartó y se dirigió hacia la cocina. Podía escuchar el latido de su corazón en los oídos, el miedo y la emoción corriéndole en las venas. Estuvo allí hasta que dejó de escuchar los sonidos del spanking y tragó una considerable cantidad de vino para salir de su ensimismamiento.

Con pasos silenciosos, entró Arturo.

—¿Estás bien?

—S—sí. Disculpa, necesitaba apartarme un momento.

—Lo siento...

—Discúlpame tú.

—Debí haberte advertido. ¿Quieres irte?

—Sí, además, me duelen los pies y tengo un poco de hambre.

—Bueno, eso es una clara de señal para salgamos a comer algo.

—Vale.

Aún había personas allí, como respirando un aire fuerte y delicioso. Patricia, sin embargo, aún no estaba preparada para tanto en un solo día. Además, estaba segura que la tensión que sentía con Arturo se estaba haciendo más intensa.

Se despidieron rápidamente y se dirigieron hasta el coche.

—Lo siento, de verdad, no pensé que sería demasiado para una primera vez.

—No tienes por qué disculparte. He venido porque he querido y te agradezco mucho el mostrarme tu mundo con tanta paciencia... Y, claro, por esto— Dijo señalando la caja.

—Como te he dicho, para mí ha sido y será un placer.

Luego de iniciar la marcha, Arturo quiso aventurarse aún más con Patricia.

—¿Qué te pareció todo?

—En realidad, intenso, así lo había imaginado. Me sorprendió que las personas entraran a una especie de trance. De hecho hasta yo me sentí así.

—¿Y qué crees a que se deba?

—No sé, supongo que es para concentrarse, para disfrutar lo que están haciendo. No debe ser fácil abstraerse tanto cuando tienes espectadores.

—Créeme que es más fácil de lo que piensas. Tu mundo se vuelve más grande y el resto, más pequeño. Piensas sólo en el placer que sentirás y en el que darás.

Tras un minuto de silencio, Arturo volvió a preguntar.

—¿Cómo te sientes?

—Intrigada y acelerada. Creo que lo último que vimos me emocionó un poco, no supe cómo manejarlo y tuve que salir.

—Es normal, Patricia. Lo importante es que no te recrimines por eso. Al final del día somos humanos y a veces nuestras emociones pueden dominarnos fácilmente.

—Me sorprende tu actitud.

—Tengo 20 años en esto y, además, soy médico. De alguna manera también te prepara para pensar en frío cuando lo necesitas.

—¿Sabes? Se me antoja una hamburguesa y patatas fritas.

—Conozco el lugar perfecto para lo que deseas.

Arturo aún no sabía si todo había resultado un éxito o un fracaso. Sin embargo, se sentía más inclinado hacia un extremo que otro. Pensó que a Patricia le había intimidado todo y se lamentó no haber sido más sutil al respecto. De igual manera, no importaba, le gustaba y quería conocerla aún más.

—...Gracias. Desde hacía días pensaba que mi vida se había convertido en una rutina asfíxiate. Ahora, después que salimos, no podía creer que había tenido la oportunidad de estar en ese lugar. En un sitio en donde la gente puede ser lo que quiera, al menos por unas horas, supongo que es liberador.

—Lo es. Mucho.

—Leí mucho al respecto pero nunca es lo mismo. Sé que se requiere de paciencia y tú la has tenido conmigo.

—Es lo de menos. Ya estaba preocupado porque pensé que la habías pasado mal.

—No, no fue así. Sólo que fueron un montón de sensaciones que se precipitaron y no supe cómo actuar. Hace tanto que me había privado de esa intensidad...

Arturo estuvo en silencio. No sabía qué hacer. Sentía unas ganas desesperadas de besarla. Habían llegado a un semáforo y veían a la gente pasar, alegres, sonrientes. Los dos estaban allí con ganas de dar el primer paso.

Patricia giró a verlo. Las luces de los postes de luz iluminaban su rostro sereno y pensativo. Quería detallarlo entonces comenzó a ver su nariz recta, el lunar en forma de mancha clara que tenía cerca del ojo derecho, sus lentes de pasta, sus labios y una pequeña marca de un afeitado, quizás, apresurado. Se veía guapo, muy guapo casi como una figura inalcanzable.

Se inclinó y él volteó a ver que ella se acercaba. Ambos sonrieron con sutileza. Patricia le tomó el mentón con ambas manos y acercó sus labios. Lo besó con suavidad hasta que sonaron las bocinas de los otros coches que esperaban avanzar.

Se apartó de un golpe y rió como una niña. Arturo hizo lo mismo y tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse.

—Estaba pensativo porque quería besarte pero pensé que sería demasiado atrevimiento.

—Supongo que la atrevida soy yo.

Él se acercó hacia su cuello y le besó allí con la misma suavidad con la que ella lo había tomado. Internamente, celebraba el haber tenido la iniciativa. El vino tuvo algo que ver.

Llegaron a un local de comida rápida.

—Este es uno de mis lugares favoritos para comer hamburguesas. Son celestiales.

—Ojalá hubiese traído mis tenis. Los tacones son una tortura medieval, Dios mío.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Por qué no lo hiciste?

—Pues, porque no sabía cómo sería la fiesta y quería verme linda.

—Como sea te ves linda.

Se acercó y la besó.

—Vamos...

Bajaron y entraron. Estaba atestado pero afortunadamente había mesas disponibles.

—Cuando salgo del trabajo, vengo aquí y a veces me regalan más patatas fritas de las que he pedido.

—Son geniales.

—¡Mucho!, busca un sitio y luego te alcanzo con las hamburguesas.

Patricia ubicó dos sillas libres en la barra que daba a la calle, así podía ver a la gente pasar y las luces de neón. Sonaba Paradise de Sade y la música le hacía sentirse particularmente de un humor sensual.

Recordó el beso que le dio Arturo y en la sonrisa escondida que hizo en la sesión de spanking. Para ella, estar con él era sinónimo de un viaje de exploración y en el cual sabía que encontraría con una gran variedad de sorpresas.

Tomó una goma fina y se sujetó el cabello. Justo en ese momento, Arturo iba

hacia a ella con dos hamburguesas dobles con queso y una montaña de patatas recién fritas. La veía de espaldas, la cintura, el cabello recogido y los cuantos que le caían en el cuello. Quería sostenerla y besarla hasta que se le gastase la lengua pero quería ir poco a poco. No había urgencia en precipitar las cosas.

—Este es el mejor lugar que pudiste escoger.

—¿En serio?

—Mucho, la noche está fresca y preciosa. Además, cada tanto puedes ver a una serie de personajes que parecieran extraídos de una película.

—Esto tiene una pinta increíble.

—Te dije que me regalaban patatas de más.

Comenzaron a comer. Reían y conversaban como si tuvieran toda la vida conociéndose. Los dos parecían recién llegados de una fiesta elegante y estaban en lugar más sencillo del mundo.

—Estoy que exploto, eh.

—Estuvo delicioso. Me encantó, creo que te robaré este lugar como tu sitio favorito.

—Bueno, espero que, cuando vengas, también pueda acompañarte.

—Claro que sí.

Se encontraron viéndose pero volvieron a la realidad cuando los pies de Patricia comenzaron a molestarla.

—Estoy en ese punto en que no me importaría salir a la calle descalza.

—¿Por qué no lo haces?

—Creo que me mirarían como si fuera una loca.

—¿Qué más da? Además, no comes ni vives de los comentarios ajenos.

—Es cierto.

Al mismo tiempo liberaba sus pies de la presión que ejercían sus zapatos. Los dedos le latían y estaban un poco rojos.

—Guao, qué alivio.

—Menos mal que lo hiciste. Pudo haberse puesto peor. Mejor te llevo a casa

para que descanses. Cuando puedas, coloca los pies en agua tibia para aliviar el dolor.

—Tengo mucha suerte de estar con un médico.

—Yo tengo suerte de estar contigo.

Sintiéndose un poco ruborizada, bajo la cabeza e hizo el gesto de ponerse de pie. Aunque la noche era joven y vibrante, habían sido demasiadas emociones para unas cuantas horas.

Entraron al coche y Arturo colocó Stairway To Heaven.

—Es una de mis canciones favoritas. Recuerdo que estaba en la secundaria y la ponía a todo volumen mientras jugaba con tubos de ensayo y químicos.

—Parece un panorama bastante particular.

—¿Te sorprenderías si te digo que usaba suspensores y unos lentes más gruesos que estos?

—¿En serio? Vaya.

—Oh sí, ahora mi visión está mejor pero igual sigo usando lentes porque se me cansa la vista muy rápido y a veces no enfoco bien. Supongo que siempre me veré nerd como sea.

—Para mí te ves más que bien.

Patricia pensó que se trataba de un pensamiento que había reservado para sí pero resultó que no. Lo había dicho en voz alta y se descubrió delatada por su propia imprudencia.

—Ja, ja, ja, ja. Me has pillado ahora con pena, Patricia.

—Lo siento, pensé que...

—No pidas disculpas. Y si al caso vamos, te confesaré algo. Cuando te vi en la salida del metro, rogaba por dentro que fueras tú. Estaba tan abrumado que pensé que era un espejismo pero por suerte no fue así.

Él le tomó de la mano y decidió ir tan despacio como pudiera para que ese instante no terminase.

Patricia, cada tanto, le iba indicando a Arturo qué calles debía tomar para llegar a su casa. Él conversaba sobre lo adicto que se había vuelto a las

hamburguesas mientras hacía sus prácticas en un hospital rural mientras ella tuvo una sensación amarga.

¿Qué tal si todo lo que había vivido en esa noche se trataba de un engaño o de un montaje como lo que había pasado con José? De repente, su expresión se tornó seria y taciturna.

—¿Por qué no hablamos?, ¿qué tal si nos vemos en el café en donde nos encontramos la primera vez?

Era José, otra vez, como si se tratase de un escozor difícil de aliviar. Patricia no pudo creer que fuera así de cínico, que aún tuviera el descaro de tratarla como un juguete.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Sólo que estoy un poco cansada.

—Vale.

Arturo había llegado a un edificio grande y con amplios ventanales.

—Parece un lugar muy bonito.

—Lo es, por ejemplo, mi piso tiene vista a un parque muy bonito de por aquí. Cuando termino de escribir, salgo al balcón, enciendo un cigarro y me siento en frente para relajarme. Es uno de esos momentos en los que piensas que la vida tiene cosas agradables también.

Esta vez era Arturo quien la veía embelesado. Apenas Patricia hubo terminado esas palabras, él la tomó y la besó. Primero fue despacio y luego fue un poco más agresivo. Sus manos fueron hacia la cintura y espalda de Patricia para empujarla hacia sí. Ella se dejaba puesto que lo deseaba tanto como él a ella.

—Me gustas, me gustas desde que te vi.

—No es un poco apresurado.

—Me da igual. Es lo que siento ahora.

Volvió a besarla. Ella no pudo evitar gemir y él seguía besándola con esa misma fuerza animal.

—Debo irme.

—Quiero que nos volvamos a ver.

—Así será.

—Promételo.

—Lo prometo y no pasará mucho... Avísame cuando llegues a casa.

Volvió a tomarla para besarla. Como pudo, entre el dolor de sus piernas y pies, y las ganas de quedarse y perderse en la piel de Arturo, Patricia bajó del coche casi tambaleando. Arturo permaneció allí y se despidió con una sonrisa.

Aún descalza, Patricia cruzó la entrada y el lobby que estaban desiertos. Corrió hasta el elevador y, por fin sola, se permitió una sonrisa.

—Vaya noche.

Entró al apartamento, vacío, oscuro y algo frío. Soltó los zapatos cerca de la puerta y quedó en medio de la sala hasta que se echó en el sofá. Miró el techo con una amplia sonrisa. Más que la fiesta, fue el saber que le gustaba a un hombre que se mostraba amable con ella y que lo mejor de todo fue el que no tuvo que pretender nada.

—Estoy en casa... Me encantó esta noche y espero que se repita. Descansa, guapísima. PD: Acuérdate de lo que te dije.

Se levantó rápidamente y puso a hervir una tetera. Mientras esperaba, se mordía los labios con un sentimiento de satisfacción.

III

Aún tenía puesto el vestido negro cuando Patricia despertó de repente en la cama y con un ligero malestar en un talón.

—Malditos tacones, joder.

Se quitó lo que tenía puesto, buscó una toalla y fue a tomar un baño con agua caliente. Salió con tranquilidad y puso un poco de Jamiroquai porque estaba de buen humor. Salió hacia la cocina con una bata de estampado chino. Era la hora de comer.

—Las 11:00 a.m.

Estaba pensando en qué preparar cuando sonó el móvil.

—Buenos días, guapísima. ¿Cómo estás?

Sonrió ampliamente.

—Hola, buenos días. Pues, bien, con un hambre increíble.

—¿Cómo sigues del malestar en los pies?, ¿hiciste lo que te dije?

—Sí, aún tengo una molestia en un talón pero nada del otro mundo.

—¿Quieres que te revise?

—Eh, que no es para tanto.

—Bueno, ¿qué tal si comemos algo?, salgo en una hora... Aunque tengo que regresar. Cerca del hospital hay un lugar interesante para comer.

—Está bien. Me visto y salgo para allá.

—Te espero.

No quería esperar tanto tiempo así que tomó una rebanada de pan del refrigerador y lo untó con mantequilla de maní. Así despistaría el hambre y podría tener algo de energía para salir.

Volvió a quitarse la bata y fue hacia la habitación. Buscó en su armario una falda estilo tubo de color negro, una camiseta blanca y sacó unos New Balance de color amarillo. Tomó una mochila de cuero negro y depositó su billetera, un

pequeño bolso de maquillaje, un cárdigan y una botella de agua. Entró rápidamente al baño a retocarse el cabello y se dispuso a salir.

Se sorprendió que el día estuviese particularmente caluroso en especial cuando la noche anterior estuvo casi fría. No le importó mucho puesto que estaba cómoda, así que no perdió tiempo y comenzó a enrumbar el camino.

En la calle podía percibirse un fuerte olor a algodón de azúcar, nueces tostadas y el horneado de los baguets del restaurante que tanto le gustaba a Patricia. A pesar del sol y el calor, había gente caminando y divirtiéndose. Cada vez que se encontraba con esas imágenes, ella agradecía el vivir en un lugar como ese, tan brillante, cálido y despierto.

Iba caminando cuando se acordó del mensaje que le había enviado José.

—Qué tipo tan gilipollas.

Se decía sin darse cuenta que se estaba acercando a él.

—Hola, Patricia.

Sintió que comenzaba a descomponerse.

—Apártate.

—¿No vas a saludarme?

—No.

Trató de seguir de lado pero él la sostuvo de un brazo.

—Vamos a hablar, Patricia. Te extraño, ¿qué tal si vamos al café? Total, estamos cerca.

—No te cansas de ser tan imbécil, ¿verdad? No hay nada de qué hablar.

Le respondió pero no escuchó bien sus palabras. Estuvo allí, mirándola cómo se alejaba. Patricia quiso voltear sin embargo sabía que iba a perder el tiempo. Era mejor que él se quedara ahí.

Tras el incidente, pensó si era buena idea ver a Arturo pero estaba ya esperando el tren que la llevaba al hospital.

—No puedo dejar esto me siga afectando. Ha sido suficiente.

Se sentó en el vagón y respiró profundo. Se distrajo con un par de chicos que escuchaban música juntos. Cada tanto se reían y se sonreían. Le resultó una

escena dulce que le recordaba que había pasado una noche genial con Arturo. Pensó que el mal rato que había pasado con José podría quedar finalmente enterrado.

El chófer anunció la estación y Patricia se aproximó a la puerta y salió más alegre y más resuelta.

Salió de la estación y trató de averiguar en dónde quedaba el hospital hasta que vio a un grupo de médicos hablando en las afueras del hospital. Iba caminando hacia esa dirección y notó a un hombre alto, moreno, de lentes de pasta que sonreía ampliamente y que luego dio una resonante carcajada. Patricia lo veía y se sentía atraída hacia él como si fuera un satélite a un planeta. El día parecía brillar aún más.

Iba acercándose cuando el grupo comenzó a entrar y él quedó de último en la fila. De repente se giró y la vio. Volvió a sonreír.

—Creo que llegué un poco temprano.

—Llegaste justo a tiempo.

Le tomó el rostro con una mano y la besó. Se besaron.

—Ven, acompáñame al consultorio y después vamos a comer.

Patricia era renuente a los hospitales, especialmente, porque hacía tiempo había sufrido un accidente de coche en el cual la obligó a permanecer allí durante semanas. El aire frío, el olor a alcohol y gasas, el uniforme de las enfermeras y el piso prístino le ponían incómoda.

Arturo tomó la mano de ella decididamente y ambos entraron al elevador.

—Debo buscar unos informes porque pronto tendré la visita de un paciente.

—Vale.

—Será rápido.

Salieron y fueron al consultorio de Arturo. Era una oficina amplia, blanca y pulcramente adornada. Había un tapete de color chocolate y un par de sillas del mismo color con acabados metálicos. La mesa era de madera oscura y, sobre este, había dos portarretratos, un teléfono, un portalápices y un par de agendas de cuero marrón.

Detrás del escritorio, colgado en la pared negra, una pintura abstracta.

—La hizo mi hermana, es artista plástico. Ahora, siéntate que pronto estaré contigo.

Ella se distrajo viendo los demás objetos cuidadosamente dispuesto. Apostó que uno de los rasgos del carácter de Arturo era el orden y la limpieza. Se dirigió hacia un ventanal que daba hacia la calle.

—Linda vista.

—Lo es menos cuando debes quedarte hasta tarde.

—Todo se ve muy nuevo.

—Es una edificación reciente. Esta ala del hospital es para traumatología, cardiología y oncología. La inauguraron hace pocos meses y nosotros tenemos la suerte de disfrutarla. De hecho, mi otro consultorio era la mitad de esto y como vista era una pared de ladrillos viejos.

—Nada motivador.

—Ja, ja, ja. Para nada. Afortunadamente, las cosas cambian. Vamos, todo está listo.

Volvieron a salir y se dirigieron hacia una café ambientado en los 50.

—¡Pero qué pijo este lugar!

—Te dije que era peculiar. Tienen, además, un menú delicioso... Y llegamos a tiempo para un asado que es de dioses.

Se sentaron en una mesa, sonaba Fever de Elvis y Patricia no podía evitar sentirse como una niña consentida.

Luego de ordenar y de maravillarse con el traje que lucía orgullosamente la mesonera, volvieron a verse como un par de adolescentes.

Hubo un punto en que Patricia trató de armarse de valor para interrogar a Arturo. El momento le pareció adecuado y quería aprovecharlo.

—¿Sabes? He querido hacerte unas preguntas.

—Genial, siéntete libre de hacerlas cuando desees.

—¿Has usado tus conocimientos como médico durante las sesiones?

—Claro que s . Personalmente creo que es una gran ventaja.

—¿Por qué?

—Principalmente porque, como médico, aprender a leer el lenguaje corporal para detectar algún problema además del que ya sabes. Por ende, te vuelves muy perceptivo y esa es una cualidad que se hace necesaria cuando eres Dominante. Así sabes si lo que estás haciendo está bien, o si necesita parar.

—¿También para otra cosa?

—Si te refieres a propinar nalgadas o hacer otro tipo de juegos como el asfixiar, por ejemplo, también. Sabes los puntos de presión y por cuánto tiempo es necesario puedes hacerlo.

>>Estos son ejemplos, hay muchas aplicaciones. He conocido Dominantes que aplican electricidad como método de tortura. Como médico, tengo la ventaja de saber los riesgos de usarla y puedo canalizar esos conocimientos para generar placer.

—Interesante... Suena muy interesante. Aunque me preocupa el tema del uso de medicamentos o drogas.

—Te diré algo, lo que haga la gente para satisfacer sus instintos, es algo de cada quien. En particular, no soy partidario de usar eso porque es llevar al cuerpo a unos límites peligrosos. Además, estás en medio de una sesión, estás física y psicológicamente alterado, eso de por sí es demasiado, con drogas potencias las sensaciones pero es posible que tengan un efecto contraproducente.

—Vale, eso me tenía preocupada.

—Pregunta si sientes que debes hacerlo. Es necesario que te sientas tranquila y confiada con la persona con la que estás.

Un plato de macarrones con queso y otro de gofres con pollo frito, descansaron en la mesa para interrumpir la conversación.

Patricia sintió que debía acatar el consejo y decidió dejar de sentirse insegura. Quería en disfrutar más el momento que en sobre—analizar las situaciones.

Comenzaron a comer y se concentraron en la comida que tenían al frente. El tiempo comenzó a avanzar despacio, como si fuera benevolente con los dos. Patricia, por ejemplo, se dio cuenta que Arturo se quita los lentes para comer y que arma bocados perfectos de sabores contrastantes. Además, hace un gesto extraño cuando mastica. A ella le pareció gracioso y admiraba cómo lo hacía casi como sistemáticamente.

Arturo hacía lo mismo con ella. Se dio cuenta que a veces Patricia se distrae y cobra una mirada triste o de preocupación. Claro, era muy pronto para juzgar que siempre se trata de un pensamiento negativo.

Pero sí, se distrae con facilidad. Mientras almorzaban, movía el pie cuando le gustaba la canción en particular. Arturo, como buen detallista, encontró que ella era un universo en sí misma, tan denso y vasto que lo maravillaba. A simple vista parecía como cualquier persona pero a la vez era todo lo contrario.

—Quiero que hablemos más en concreto sobre algo, sobre todo porque en un rato debo irme al hospital.

—Dime.

—¿Cómo te sientes con respecto ayer?

Arturo, inquieto, sabía que era una pregunta que pudo esperar pero era necesario despejar la duda.

—Ahora que puedo pensar en frío, sigo sosteniendo que hubo situaciones que, por los momentos no entiendo como el pony play, por ejemplo. Eso me tomará tiempo.

—Vale, eso es un gusto muy específico, pero me interesa saber tu opinión en general.

—Sinceramente, hay cosas que me atraen. El shibari me pareció un arte hermoso y casi sublime. El spanking, por otro lado, es más agresivo pero también me causó una gran curiosidad... Creo que me gustaría probarlo.

—¿Crees?

Patricia lo miró a los ojos y pudo ver en él cierta oscuridad que le parecía sensual.

—No, quiero hacerlo.

Terminaron de comer y Arturo miró su reloj.

—Bueno, debo regresar aunque desearía quedarme todo el tiempo del mundo.

—¿Qué tal si nos vemos esta noche?

—Perfecto, creo que saldré un poco tarde. ¿Está bien para ti?

—Sí, mejor así porque me da tiempo para escribir lo que tengo pendiente.

—¿A dónde quieres ir?

—No lo sé, ¿qué tal si damos unas vueltas?

—Está bien, luego decidiremos cuando te pase buscando.

Salieron del café y se dirigieron a la entrada del hospital tomados de mano. Patricia pensaba que era un poco precipitado pero prefería disfrutar el momento.

—No será necesario que uses tacones.

—Qué chistoso.

—Ah, ven que era un chiste...

La tomó de la cintura con firmeza y le dio un beso largo y suave. La lengua de Arturo era intensa, valiente, aventurera. Sus labios eran suaves y cálidos. Por segundos, Patricia sintió que podía desvanecerse en ese beso.

Ella le tocó el rostro y tuvo que apartarlo porque estaban en un lugar comprometedor.

—Por un momento pensé que estábamos en otro lugar.

—Lo será más tarde.

Patricia caminaba por la calle sintiendo un palpito entre sus piernas. El calor iba aumentando e iba ascendiendo por sus piernas, muslos y hasta en los pechos. Era como un fuego, como una descarga de intensidad.

Llegó al piso y cerró la puerta con prisa. Se alivió de estar sola y subió su falda para palparse. Estaba húmeda. Asumió que era reacción se debía a la falta de sexo en su vida pero sabía que era causa de Arturo.

Quiso ignorar sus sensaciones pero no pudo más. Se quitó la falda y fue directo a su habitación. La cama permanecía desordenada. Estaba agitada, respirando con fuerza hasta que por fin se acostó y abrió sus piernas. Estaba más húmeda que la primera vez y sus dedos comenzaron a explorar su sexo a su placer, como si tuvieran vida propia.

No quería ser agresiva, al menos no de momento, quería sentirse cada parte de su piel y quería tiempo para ello. No había prisa.

Cerró los ojos y pensó en los labios de Arturo, en la sensación que le darían si él recorriera por su cuerpo. Pensó en sus manos de dedos largos, suaves, en la sonrisa, en los ojos negros que la absorbían cuando la miraba. Gemía poco a poco al recordar en la manera que la tomaba para llevarla hacia él. Le gustaba sentir el control y el poder que transmitía con esos gestos tan sutiles pero evidentes para ella.

Fue aumentando el ritmo, introdujo sus dedos pensando en su lengua, aquella que la había producido ese calor por unos cuantos minutos cuando se despedían.

—A... Ar...

Apenas era lo que podía decir, se sentía incapaz de pronunciar palabra y más cuando se sentía que despegaba hacia un plano mágico.

Los músculos internos de su vagina comenzaron a contraer con violencia, sentía que el orgasmo estaba más cerca de lo que pensaba, sin embargo, quería prolongar un poco más el placer, quería imaginarlo en su mente un poco más.

En su imaginación, Arturo vestía sólo con jeans mientras que ella estaba desnuda, con el antifaz que le había regalado. De rodillas, esperaba que él le ordenara lo que él quisiera porque haría lo que fuera para complacerlo.

Él la alzaba para tener su cuerpo a su alcance. Sus manos rodeaban su cuerpo y tocaba cada parte sin miramientos. Patricia se sentía derretir. Fue allí cuando no pudo más y tuvo un orgasmo tan intenso que acabó en un grito.

Fue fuerte, intenso, tanto que permaneció con los ojos cerrados, en la oscuridad y el silencio. Luego, se dio cuenta que tendría que cambiar las sábanas y darse un buen baño.

Unas tazas de café después, Patricia se sentó en su escritorio para seguir con la redacción de la novela. Pensó que sería buena idea emplear la experiencia pasada de la fiesta y su episodio de masturbación como parte del argumento de la historia.

Se colocó los lentes y sus dedos se entregaron a sus personajes. Tecleaba casi sin parar, su mente estaba al máximo de la concentración. Podía retratar casi fielmente las indumentarias de cuero, las máscaras, el sonido de las nalgadas, los gemidos, las cuerdas, los látigos y, claro, la pequeña sonrisa de Arturo.

Siguió así por unas cuantas horas hasta que se levantó para buscar la caja de

cigarros y el encendedor. Lo encendió y se dispuso a revisar el móvil.

—Me falta media hora para salir. ¿Te paso buscando?

A Patricia le pareció pronto hasta que se dio cuenta que era de noche. Estaba tan inmersa que ignoró lo rápido que había pasado el tiempo.

—¡Joder!

Con prisa, guardó el archivo y envió un último correo a su editor. Bajó la tapa de la laptop y apagó el cigarrillo.

—Sí, déjame prepararme y te espero abajo.

—Vale.

Salió corriendo hacia su habitación y sacó lo primero que encontró en clóset. Unos jeans rotos, los mismos New Balance amarillos y una franela negra. En la mochila volvió a revisar y estaba todo lo que había guardado en la tarde.

Se vio al espejo y se dio cuenta que estaba más despeinada de lo usual pero no le importó. No tenía tiempo y tampoco quería hacer esperar a Arturo. Pensó que sería buena idea preparar otra botella de agua porque presentía que la noche sería intensa y caliente.

Bajó para esperarlo sentada en el lobby del edificio. Se sentía un poco nerviosa pero trató de mantenerse tranquila hasta que vio el coche negro y brillante de Arturo. Este le hacía un gesto de saludo.

—Disculpa, Patricia.

Saltó una pequeña voz desde la recepción.

—Hola, Martha. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. Disculpa que no te lo haya dado antes pero casi se me olvida que te dejaron este mensaje al mediodía. Siento no habértelo dado con premura.

—Vale, no te preocupes.

—En tío que dejó la nota parecía un poco preocupado. Espero que todo resulte bien.

—Entiendo, gracias, Martha. Buenas noches.

Se apartó del mesón de mármol blanco y, por la letra, se dio cuenta que era

José.

—Estoy tratando de contactarte. Quiero que nos veamos.

El rostro de le transformó. No entendía la insistencia de aquel fantasma del pasado. En el trance, escuchó la bocina del coche de Arturo. Tomó la nota y la guardó en un bolsillo y salió disimulando que no había pasado nada.

—Hola, guapísima... ¿Estás bien?

—Eh, sí, sí.

—¿Segura?

—Sí, segura.

Ella le tomó el rostro y lo besó.

—¿Qué tal si nos vamos?

Arrancó y ella trató de espantar la nota que representaba un augurio de mala suerte.

—Me quedé pensando en lo que mencionaste de salir por ahí y recordé que conozco un mirador que es una pasada. Y ahora debe estar más bonito porque deben verse las luces de la ciudad.

—Vamos entonces.

Arturo se dirigió hacia un camino que daba hacia una montaña, el tráfico se volvía cada vez más suave y era posible ver pocos coches por esa vía puesto que, generalmente, optaba por los clubes y discotecas para divertirse.

—Di con este sitio por un amigo de la infancia. Es fotógrafo y estaba un día buscando locaciones cuando, casi por accidente, se topó con esta montañita que ya estamos a punto de llegar...

Escondida y casi imperceptible, se visualizó un espacio largo pero amplio en donde era posible estacionarse.

—Aquí viene poca gente, es como si fuera un lugar secreto.

—Me encantan ese tipo de lugares. Conservan un encanto increíble.

—Listo, llegamos.

No había nadie, en efecto, y apenas se bajaron, Patricia pudo ver el brillo de las luces de la ciudad y como estas quedaron en un segundo plano ante el cielo

despejado, fresco y lleno de estrellas.

—Este debe ser uno de los lugares más hermosos que he visto.

—Y lo tienes en la misma ciudad.

—Es precioso. Supongo que tu amigo vino mucho para aquí.

—No lo dudes. Quedó encantado.

Arturo la rodeó con el brazo y se sintieron en paz, como si nada malo existiese.

—¿Cómo te sientes?

—¿Sinceramente? Feliz, despejada.

—Yo también... Me gusta venir cuando he tenido un día horrible y busco olvidarme de las cosas por un momento.

—Tiene sentido. Sientes que todo es infinito, hermoso, luminoso.

—Lo es.

La tomó y comenzó a besarla. Patricia se sentía a punto de despegar y Arturo lo presentía de alguna manera.

—¿Quieres ir a mi casa?

—Vamos.

Se montaron en el coche y no hablaron mucho. No era necesario porque estaban compartiendo un tipo de intimidad agradable, dulce.

Patricia de repente se halló en un conjunto de calles en donde las casas eran elegantes. Tal y como aquella que había visitado en la fiesta, sin embargo, no dijo nada ya que le pareció un detalle menor.

—Mi casa es aquella que está allá.

—Guao, es hermosa.

—Ja, ja, ja. Gracias, espero que te guste más cuando entres.

Arturo estacionó el coche en una acera cercana y bajaron. La noche estaba perfecta y sabía que se iba a poner mejor porque estaría con él. Arturo la tomaba de la cintura y la guiaba.

—Ven, es por aquí.

Abrió una pequeña reja que daba hacia unas escaleras de piedra.

—No falta mucho para llegar.

Alrededor de la casa había arbustos y luces que iluminaban el camino. La entrada, por otro lado, era toda de madera oscura, del mismo color de los muebles del consultorio. Él abrió la puerta y le dijo al entrar.

—Bienvenida.

Era un espacio blanco, pulcro y pinturas distribuidas por el recibidor, la sala y hasta la cocina. Tenía un aire de galería de arte.

—¿Quieres algo de tomar? Tengo vino, cerveza, agua, té...

—Vino, por favor.

Patricia se alejó hacia la sala y pudo contemplar un pequeño jardín. Debido a que la casa estaba en una pequeña colina, podía ver parte de la ciudad.

El paisaje era impresionante y estuvo concentrada en él hasta que sintió la cálida voz de Arturo en su oído.

—¿Te gusta?

—Es precioso.

—Sabía que te gustaría.

Le dio la copa de vino y la invitó a salir. Era un lugar silencioso, salvo por el sonido de algunos grillos. Fue allí cuando Patricia sintió un poco de paz y quiso permanecer así un rato. No podía creer en el cambio que había dado con Arturo.

Estuvo así por un rato hasta que tomó todo el contenido. De repente, sintió el calor de Arturo que se colocaba tras ella. Estaban muy juntos, tanto que podían sentir la respiración y los latidos del otro.

Él comenzó a rozar sus labios por los hombros y por su cuello, seguidamente, tomó ambas manos y las colocó en su cintura. La sostenía con fuerza mientras ella aún estaba dándole la espalda.

—Me gustas mucho.

Le dijo mientras aún sentía el calor de su aliento.

—Y tú a mí.

La giró para verse de frente y Patricia sonrió al darse cuenta que se era más pequeña que él. Se puso de puntillas y él la seguía apretando. Luego de unos segundos, comenzaron a besarse. Patricia acariciaba su cuello y, gracias a la cercanía, podía embriagarse con el olor que él desprendía.

Por su parte, Arturo no escatimó en querer explorar el cuerpo de ella. Desde la cintura, dirigió una de sus manos hacia las nalgas. Las apretó con fuerza y seguía acariciándolas.

Ella empezó a gemir suavemente, así que lo interpretó como una señal para continuar con lo que hacía. Siguió entonces hacia arriba, directamente hacia los pechos pero, esta vez, fue delicado.

Arturo estaba sintiéndose agitado y con el creciente sentimiento de dominarla como quisiera. A veces, él sentía que dentro de él convivía un hombre común y una especie de animal salvaje que era capaz de ser libre sólo cuando actuaba como Dominante.

En ese momento, quería hacerla suya pero, por alguna razón, estaba actuando con más cautela que de lo usual. De verdad que le gustaba. Como no quería estropear las cosas, se apartó lentamente y una expresión de duda se evidenció casi de inmediato.

Patricia, no obstante, lo volvió a tomar para seguir besándolo. No quería dejarlo para después.

—Quiero esto. Quiero hacerlo.

Arturo abrió bien los ojos.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Lo haremos poco a poco. No quiero asustarte.

—No lo estoy.

Sonrió. Se sonrieron y se abrazaron con fuerza. Arturo le sujetó el cabello con fuerza y con cuidado. Le mordía los labios, el cuello y al poco tiempo Patricia lo sentía duro.

—Vamos.

Se tomaron de la mano y entraron a la casa que aún permanecía a oscuras.

Subieron las escaleras y llegaron a la habitación de Arturo. Una bastante amplia. Todo parecía ordenado, limpio y sin embargo también se sentía cálido.

Patricia no pudo visualizar más porque inmediatamente había quedado entre los brazos de Arturo. Seguían besándose y él comenzó a desvestirla.

—No lo hagas, yo lo haré por ti.

Esto era nuevo para ella. No sabía bien cómo sentirse pero optó por relajarse tanto como pudiera. Arturo lo hacía con delicadeza e intercalando caricias y besos. Rozaba sus piernas y muslos con tanta dulzura que Patricia sentía su piel erizarse.

Por fin quedó desnuda y él la llevó a la cama. Arturo hacía un gran esfuerzo por no dejarse desbocar y por disfrutar a Patricia, por lo que quedó de rodillas en la cama y se quitó la ropa. En una mano sostuvo el cinturón que llevaba.

—Voy a atarte con esto, ¿vale?

—Está bien.

Tomó las muñecas y las ató con el cinturón. Ella había quedado un poco limitaba de movimiento aun así se sentía más excitada. Él decidió que sería delicioso verla mientras la masturbaba, así que comenzó a hacerlo. Antes, se percató que ella estaba muy húmeda y más que dispuesta a él.

Sus dedos se paseaban por el clítoris y ella gemía cada vez más. Arturo hacía movimientos lentos y fuertes para estimularla cada vez más. Introdujo sus dedos y él sentía que su miembro estaba a punto de explotar. Se acercó a ella para besarla y para verla. Patricia se mordía los labios, gemía y emitía grititos.

Con brusquedad, Arturo la tomó de las caderas y abrió más sus piernas para darle sexo oral. La fantasía de tener los labios de él en ella, se había cumplido.

Lo hacía con una especie de violencia contenida, la mordía, la lamía con rudeza, la devoraba como un hombre hambriento. Con una de sus manos, la ahorcaba y ella estaba que quería correrse.

Él dejó de hacerlo y la vio en su cama, agitada y tomó su miembro erecto para penetrarla. Lo introdujo poco a poco. Patricia lo sentía grueso y no pudo evitar

sentir algo de dolor. No le importaba porque comenzaba a pensar que el dolor era increíble.

El ritmo de los movimientos de Arturo, sus gemidos, su espalda, los músculos que se le marcaban en los brazos, la mirada intensa, cada uno de estos detalles tenían hipnotizada a Patricia. No paraba de verlo a los ojos y él se excitaba más con eso.

Cada tanto lo sacaba y le daba pequeñas palmadas a su vagina. Con eso lograba que Patricia se estremeciera y así podía darse también un tiempo para aguantar y canalizar mejor la excitación.

Al tiempo, se levantó de la cama y quiso traerla consigo.

—Ponte de pie y de frente a mí.

Así hizo. Él se sentó al borde y la trajo para sí. Patricia aún tenía las manos atadas y con la expresión de entrega. Arturo acarició sus nalgas pero, esta vez, lo hacía con fuerza y con más agresividad que la primera vez, al mismo tiempo, le besaba los pechos. Quedó satisfecho y la colocó frente a la pared.

Patricia estaba entre asustada y ansiosa. En cualquier situación hubiera querido huir pero estaba más que dispuesta a dejarse dominar por Arturo. Ella, no obstante, dejó sus pensamientos hasta que sintió de nuevo la presencia de Arturo tras ella y allí sintió un impacto caliente.

Él había comenzado a propinarle latigazos. Lo hacía con cuidado puesto que Patricia era nueva en estas experiencias y quería darle la mejor experiencia posible. Poco a poco, las marcas comenzaban a evidenciarse sobre su piel morena. La vista excitaba aún más a Arturo quien no aguantó más y la arrojó de nuevo a la cama, pero ahora en cuatro.

Ella respiraba agitadamente y sintió que Arturo le abrió las nalgas.

—Me das demasiada hambre.

Y pasó su lengua como si se tratara de un fruto jugoso y maduro. En la habitación sólo se escuchaban los gritos y la respiración agitada de Arturo quien no paraba de darle placer a Patricia.

Nalgas y lamidas, así sucesivamente hasta que escuchó a Patricia decir.

—Por favor, por favor...

La haló por el cabello y se acercó a ella.

—¿Por favor, qué?

—Fóllame...

—Dime “Amo”.

—Amo, fóllame.

—¿Ves que eres una buena chica? Pero lo haré cuando me plazca. ¿Entendido?

—Sí, Amo.

Seguía haciéndolo y ella sentía que no podía más, sin embargo sintió de nuevo el pene erecto de Arturo adentrándose en su vagina. La diferencia que es él la penetraba con fuerza y desesperación. Volvió a tomar su mano y la masturbaba al mismo tiempo.

Patricia se sostenía de las sábanas con fuerza y comenzó a suplicar.

—Déjame correrme, por favor.

—Pídelo otra vez.

—Por favor, Amo, deja que me corra.

La última palabra de aquella oración lo dijo con si sintiera que estaba a punto de abandonar su cuerpo.

—Hazlo, hazlo para mí.

Lo introducía con más fuerza hasta que sintió que Patricia se contraía y gritaba con más fuerza. Ella trató de ahogar su orgasmo sobre el colchón, dejando escapar la intensidad de todo lo que había experimentado.

—... No has terminado aún.

Él la tomó por el cabello e hizo que se arrodillara mientras él se colocaba de pie.

—Cómetelo.

Así hizo, acató la orden con precisión porque ahora, lo que más quería, era tratar de darle el mismo placer que él le había dado. A ese punto, permanecía todavía con las manos atadas lo cual le dificultó un poco en lamer, pero luego olvidó la dificultad, el pene de Arturo era exquisito y sólo quiso entregarse a él.

Él le sostenía por el cabello y podía ver cómo sus labios se ensanchaban a

medida que se lo introducía en la boca. La tenía allí, completa para él. Adoraba ver sus ojos concentrados en satisfacerlo.

Arturo, mordiéndose los labios, sintió que estaba a punto del orgasmo.

—Échate en la cama ya.

Patricia se levantó tan rápido como pudo y se acostó. Él se acercó masturbándose hasta que explotó por todo el cuerpo de ella. Arturo gemía y respiraba con violencia.

—E—e—eres m—mía, joder.

Ella sólo sonreía.

Unos segundos después, Arturo se puso erguido y se ausentó por un momento hasta regresar con unas toallas húmedas y así proceder a limpiarla. Patricia trató de levantarse y él le quitó el cinturón. Notó que sus manos estaban dormidas y comenzó a acariciarlas suavemente. Ambos sentados, se miraban con dulzura.

IV

Patricia se despertó de repente, por un momento olvidó en donde se encontraba hasta que se dio cuenta que tenía Arturo al lado, medio roncando.

Ella sonrió y le acarició el rostro.

—Sigue durmiendo.

—Voy a buscar algo de agua primero. ¿Puedo?

—Claro que sí. Ve que te espero.

Tomó su camiseta y salió. Mientras bajaba las escaleras, sintió ciertos dolores lo cual le causó gracia. Mientras se servía un vaso, vio la sombra de algo que se movía hacia ella, era Arturo que había bajado.

—¡Guao!, casi me matas del susto. ¿También tienes sed?

—Lo siento, es que no pude esperar más para darte esto. Estoy como niño ansioso.

Él le pasó una caja pequeña, similar a la que venía el antifaz.

—Ábrelo.

—¿Es un collar?

Sacó el objeto y así era, un collar de cuero con un pequeño aro de metal plateado en el centro.

—Creo que sabes de qué se trata.

—Sí...

—¿Te gustaría usarlo?

Patricia dudó un poco pero quiso lanzarse al vacío.

—¿Me lo pondrías?

Arturo tomó el collar y se colocó tras ella.

—Quiero que lo uses siempre, Patricia. Quiero que sepas que me perteneces sin importar en dónde estés.

—Así será.

Estuvieron muy juntos hasta que ambos volvieron a excitarse.

—Abre las piernas.

Él la tomó por el cuello y la penetró, esta vez, sin la dulzura de la primera vez. Se mostró como un Dominante rudo y algo salvaje. Cosa que le gustaba mucho a Patricia.

—Tu cuerpo es mío...

—Sí, Amo.

Él rió un poco y continuó haciéndoselo con fuerza.

Arturo y Patricia, al terminar, continuaron en la cocina, viéndose y besándose.

—Estoy muerto. Vamos a dormir, anda.

La tomó y entraron para volver a descansar. Patricia, ya en la cama, se sentía cansada, afortunada y con mucho entusiasmo.

La noche pasó a toda velocidad y ambos se despertaron con el canto de los pájaros. Arturo la abrazaba y ella le acariciaba el brazo.

—Buenos días, guapísima.

—Buenos días... ¿Dormiste bien?

—Increíble.

—Yo también.

Él le sonrió y permaneció allí poco tiempo.

—Tengo hambre, ¿por qué no vamos a desayunar? Hay un sitio muy bonito que preparan un café y unos bollos de canela estupendos.

—Veo que te gusta comer.

—Ja, ja, ja, ja. Soy un glotón, lo confieso.

Ambos se levantaron. Mientras se preparaban, se veían con complicidad.

—Voy a revisar algo en el coche. Te espero abajo.

—Vale.

Él le dio un beso y salió mientras que Patricia terminaba de atarse los zapatos.

Pasó por un momento al tocador, tomó la goma que guardaba en la mochila y se ató el cabello que ya parecía un enjambre.

Se miró por un momento y se fijó en el regalo que le había hecho Arturo. El accesorio no era estrafalario, se veía hasta elegante y era una prenda que estaba de moda, así que no le incomodaba la idea de usarlo todo el tiempo.

Salió y fue a encontrarse con Arturo que la esperaba.

—Hoy estás guapísimo.

Y le dio un beso. Él volvió a tomarla para besarla también.

—Tú lo eres más. Como sea. Siempre.

—Espero que te guste el lugar que te digo. Además, atienden muy bien.

Se encaminaron y se entretuvieron hablando de anécdotas embarazosas. Estaban acercándose y Patricia notó que era el mismo lugar en donde había conocido a José. No pudo evitar sentirse un poco incómoda pero no quería decepcionar a Arturo y arruinar sus intentos de divertirse un rato.

Entraron y a Patricia le invadió un sentimiento de estar repitiendo la misma historia. Las sillas, mesas, la barra en el centro, hasta las pinturas y las fotos seguían allí. Era como viajar en el tiempo.

Se sentaron juntos cerca del vidrio y Patricia deseó fervientemente que Arturo cambiara de opinión. Cuando este estaba a punto de hacerle un comentario, sonó su móvil.

—Debo contestar, me llaman desde el hospital.

—Vale.

Patricia veía salir a Arturo y se sintió abrumada de repente. No quería estar allí aunque pensaba que quizás era una señal de que podía hacer borrón y cuenta nueva. Mientras pensaba en ello, sintió que alguien se le acercaba, como temía, era José.

—Hola... Hasta que por fin te encuentro.

—No es el mejor momento.

—¿Por qué no? Estás aquí así que asumo que también quieres hablar.

—No, y vengo con alguien.

—Vaya...

—Deja esa expresión porque la persona menos indicaba para recriminar algo, eres tú.

—Qué rápido olvidas las cosas.

—José, han pasado dos años, ¿de qué diablos hablas?

—Yo no he podido olvidarte.

—Bueno, eso ahora es tu problema.

—No puedes hacer eso.

—No seas cínico. Me hiciste pasar un rato bastante amargo y ahora pretender regresar como si no hubiese pasado nada. Deja el descaro y anda con esa conducta de chaval malcriado a otra parte.

—¿Eso qué significa?

—Que salgas de mi vida.

José la miró con desafío y ella le respondió igual.

—Sé que volverás.

—Adiós, José.

Patricia quedó en la silla y comenzó a sentir que temblaba con violencia. De todas las situaciones incómodas del mundo, le tocó la peor y para colmo de males, no sabía si era capaz de disimular con Arturo.

—Lo siento, parece que es una emergencia. Me temo que debo irme... ¿Qué pasó?, estás muy pálida.

—Te cuento en el coche.

Entraron y casi enseguida Patricia le contó toda su relación y el encuentro incómodo que acababa de tener con José.

—¿Por qué no me dijiste que te estaba molestando?

—No lo creí necesario. Pensé que ese asunto estaba más que concluido.

—¡Joder, Patricia!, fue a tu casa a dejarte un mensaje. ¡¿De verdad pensaste que estaba concluido?!

—No tienes por qué alzarme la voz.

—Está bien, lo siento... Pero no puedo creer que hayas pensado en eso. De verdad no sé ni qué decir.

—Entiendo...

—¿Aún quieres estar con él?

—No... Te he dicho que no.

—Para serte sincero, lo pongo en duda. No me contaste nada y tuvimos que llegar a esto porque el tío se aparece de repente a querer hablar contigo.

El móvil de Arturo seguía sonando.

—¿No vas a atender?

No dijo nada hasta que había llegado a la entrada del edificio de Patricia.

—Hablamos después.

—Lo siento, Arturo. Venga, tampoco es para tanto.

—Entiende algo, Patricia, las cosas no pueden funcionar si no hablamos las cosas con claridad. He sido sincero contigo desde el primer momento y la verdad que esto me ha molestado muchísimo. Estoy tratando de no enojarme más porque tengo que ir con urgencia al hospital y no puedo trabajar echo un gorila.

—Lo siento.

Patricia se bajó sin escuchar más de Arturo. Se quedó en la calle, viendo cómo se alejaba el coche de él con una mezcla de dudas y de sorpresa.

Subió a casa sintiendo que el mundo se derrumbaba alrededor. No podía entender qué no había funcionado y no supo bien qué hacer.

—Maldita sea.

V

Los días transcurrido con normalidad, como si no hubiese pasado nada. Pero no era igual para Patricia. Durante ese tiempo, trató de comunicarse con Arturo pero sólo lograba respuestas parcas.

—Tengo guardia.

—Estoy en emergencias.

—Estoy con un paciente.

—Estoy ocupado.

Así eran las respuestas de él mientras que ella hacía el intento de aliviar la situación. Aunque había dejado en claro que no quería más nada de José, estaba dolida porque por fin había salido de un problema para asumir otro. Pensó en ir al hospital pero no estaba preparada para verle la cara y discutir como la otra vez.

Para distraer y para tratar de mantener la mente despejada, Patricia escribía casi sin parar, a tal punto que pudo terminar una de sus novelas casi en tiempo récord.

De hecho, luego de hacerle todas las correcciones y el diseño de la portada, tuvo la pequeña esperanza que, al publicarlo, tendría alguna manifestación de Arturo. Pero no hubo nada, ni una sola palabra y la tristeza se hacía cada vez más honda.

Luego de un día ajetreado con deberes pendientes, Patricia tomó un cigarro para relajarse y espantar al estrés por un rato. En medio de su meditación, quería buscar la manera de darle término a la situación y asumir el riesgo.

Apagó con determinación el cigarro y se vistió con la decisión de ir al hospital. Si discutían no importaba, pero era necesario hablar las cosas y no darle largas al asunto.

Luego del trayecto, Patricia se quedó parada frente a la entrada del lugar. Por un minuto dudó de su decisión pero sus pies decidieron por ella. Entró y se encontró con una de las enfermeras que se encontraban en la recepción.

—Buenas tardes, estoy buscando a...

—¡Hola!, sí, sí. Según la agenda, se encuentra ahora en consulta. Si quieres, espéralo afuera que creo que no tardará mucho.

—Vale, muchas gracias.

Fue corriendo al elevador y marcó el piso en donde se encontraba el consultorio de Arturo. Ansiosa fue acercándose hasta que vio a un paciente salir del lugar.

—Muchas gracias, doctor.

—Es importante Sr. González que siga la terapia para que vea mejores resultados. Recuerde, si tiene algún problema, por favor, no dude en llamarme.

Pudo verlo con su bata blanca y con la misma sonrisa de siempre. Con lentitud, se acercó a la puerta y saludó con temor.

—Hola...

Arturo giró sobre sí mismo y trató de disimular la alegría que le producía el ver a Patricia. Él, como buen orgulloso, estaba decidido a darse tiempo sin saber bien la razón. Luego de la discusión con ella, pensó dejar todo el asunto en el olvido. Pero también se dio cuenta que quizás todo se trataba de un mal entendido y que sus temores eran una exageración.

Se miraron hasta que Arturo rompió el silencio.

—Pasa, por favor.

—Gracias. No estaba segura de venir pero ya qué más da. Lo cierto es que siento mucho el no haberte dicho las cosas pero, como te dije en ese momento, supuse que lo podía manejar, aunque todo se salió de control. Nunca quise herirte ni mentirte... Yo...

Sintió el abrazo de Arturo antes de poder terminar lo que iba a decir.

—Soy un estúpido.

—Los dos nos equivocamos.

—Fue una exageración.

—Ya...

—Sentí miedo y pensé que lo mejor era echarme para atrás y desaparecer. Sí,

sí, lo sé, no me veas así, pero fue mi primera reacción y sé que fue absurdo. No sabes lo feliz que me hace el que hayas venido a verme.

—Estaba muy preocupada por ti.

—Lo siento.

Siguieron abrazándose y se dieron un beso.

—Te extrañé tanto.

—Yo más a ti.

El resultado de la reunión fue más feliz de lo que ella había pensado. Luego de un par de palabras más de cariño y unos cuantos besos, Patricia tuvo que irse.

—Tengo otra consulta pero qué te parece si nos vemos en la noche.

—Perfecto. Avísame.

Patricia salió del inmenso y moderno edificio para encontrarse con un día hermoso y brillante. La brisa era fresca y recordó un detalle importante que no debía olvidar esa noche.

Arturo pudo despechar al último paciente y se quedó en el consultorio concluyendo algunos pocos detalles. Se entretuvo un rato hasta que vio la hora y salió casi disparado hacia su casa para tomar un baño, arreglarse y volver a salir.

Al llegar, pensó en los ganchos de metal que se encontraban en los extremos del gran ventanal que se encontraba en la sala de su casa.

—Unas cuerdas rojas quedarían bien...

Sonrió para sí mismo.

Patricia estaba sentada en la mesa de su escritorio terminando de responder algunos correos electrónicos. Estaba vestida con el mismo vestido negro de la fiesta BDSM, también llevaba ligeros y los mismos incómodos zapatos de tacón, y, claro, el collar que Arturo le había regalado. En la mochila llevaba una pequeña caja negra.

—Estoy llegado.

Apagó todo y miró el interior de su piso por si olvidaba algo.

—Bien, creo que eso es todo.

Bajó y pudo ver que Arturo la estaba esperando en el lobby. Apenas la había visto cobró una expresión de sorpresa y fue al encuentro de Patricia.

—Vaya... Estás hermosísima.

Ella lo besó y le limpió los labios que había manchado con su labial rojo.

—¿Nos vamos?

Arturo la veía caminar y se sentía cada vez más excitado.

—Me la estás poniendo difícil.

—Cuando lleguemos, sabrás qué hacer... Amo.

La mirada de Arturo se transformó por completo y pensó que lo ideal era acelerar tanto como fuera posible para ir a casa. No quería perder más tiempo.

Para su suerte, el camino estaba despejado y estaba más ansioso de llegar. Estando cerca, Patricia alcanzó la mochila y extrajo la caja sin que Arturo se diera cuenta. Él estacionó el coche y ella, aprovechó la oportunidad de colocarse el antifaz.

Salió y le recibió el rostro ensombrecido y deseoso de Arturo. Él la tomó por el cuello y la colocó contra el coche.

—Sabes lo que haré contigo, ¿verdad?

—Puedo imaginarlo, pero prefiero que me sorprendas.

La besó y luego la tomó para llevarla hacia la entrada. Ambos traspasaron el umbral y de inmediato él le ordenó.

—Ponte frente al ventanal.

—Sí, Amo.

Patricia quedó dándole la espalda y con la vista la ciudad iluminada en medio de la noche. Arturo se le acercó y comenzó a tocar su cuerpo, a oler su cuello, a morderla.

—Haz lo que quieras conmigo.

—Es arriesgado decir eso.

—Lo sé.

Arturo la despojó del vestido y pudo ver los ligeros y la ropa íntima de color

negro que tenía Patricia.

—Eres una delicia, joder.

Él buscó unas cuerdas de color rojo y ató cada muñeca por separado. Con los otros extremos, los ató en los ganchos de metal para que ella quedara extendida.

—Es hora de ponerte un poco de color.

Fue cuando entonces Arturo tomó un látigo de siete colas, el de cuero marrón que había adquirido en la fiesta. Se quedó un instante en silencio, viendo a Patricia. Ella giró la cabeza para verlo.

—Hazlo... Por favor.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

J*did@-mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario
— Romance Oscuro y Erótica —

El Rompe-Olas

Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones
— Erótica con Almas Gemelas —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A

pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma

de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de

cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.